

**EL ASIENTO DE LA PRIMERA BUENOS AIRES:
ENTRE LA HISTORIA Y EL MITO**

Daniel Schávelzon

2006

Indice

- Introducción: la primera Buenos Aires entre la historia y el mito
- La primera Buenos Aires, entre la historia y el mito
- El Río de la Plata: el gran escenario del Asiento o Real
- Las crónicas de Ulrico Schmidel y Ruy Díaz de Guzmán
- Los estudios históricos y el debate historiográfico
- El Parque Lezama y La Comisión Oficial de 1936
- Excavaciones iniciales en Parque Lezama (1988-89)
- La hipótesis del Riachuelo
- Conclusiones
- Bibliografía general

I.

Introducción: la primera Buenos Aires, 1536-1541

En 1535, en España, la más grande expedición jamás organizada estaba lista para zarpar a la conquista de la parte sur de América. El Adelantado Don Pedro de Mendoza, a cargo de las operaciones, había firmado una capitulación con el Rey por medio de la cual se comprometía a descubrir y asegurar para la Corona una inmensa extensión de territorio en el Nuevo Mundo. Las tareas que habría de llevar a cabo incluían el establecimiento de fortificaciones y la conquista de una tierra desconocida, pero que era considerada inmensamente rica. Sólo dos años antes, importantes cargamentos de oro enviados por Pizarro desde Perú habían llegado a España, y Europa había quedado atónita ante semejantes maravillas; en consecuencia no era ilógico esperar que el Río de la Plata aportara tesoros igualmente sorprendentes. Era cuestión de ir rápido y traerlos, a cualquier costo aunque ya había informes, como el de Sebastián Gaboto, de que más al sur las cosas eran diferentes y, al parecer, muy difíciles. Mucho se ha discutido si realmente lo único que buscaba –por orden secreta real o decisión propia- era un paso al Perú desde el Atlántico o no, lo que ya no importa tanto-, lo concreto es lo que hizo y eso es lo que discutiremos en este texto.

Mendoza debía explorar –y extraer los tesoros- de la región ubicada exactamente al sur del límite continental de la Línea de Tordesillas, la frontera que separaba las posesiones españolas de las portuguesas, allá donde el Río de la Plata había sido descubierto y explorado, poco o mucho según cada cual. No solamente se trataba del río más ancho del mundo, también conocido por ese entonces como el Mar Dulce, sino que tenía otras virtudes potenciales: eventualmente podía llegar a ser la entrada oriental a las tierras de donde los Incas obtenían al menos su plata –luego sería Potosí-, e incluso de alguna manera podría ser la entrada a un paso hacia el otro océano. También representaba la posibilidad de una vía rápida de salida para las mercaderías que se le quitaban a los indígenas, sin tener que dar la vuelta al continente navegando por el sur para ir a Europa, como hizo Magallanes en 1520. Con anterioridad, la región había sido explorada por el portugués Manuel Nuño en 1513 y por el veneciano Sebastián Caboto en 1526, entre otros viajeros. Más tarde, en 1527, y a orillas del río Carcarañá, se había fundado la fracasada fortaleza de Sancti Spiritus, pero en el curso del siguiente año los aborígenes la tomaron por asalto y la redujeron a cenizas.

La expedición de Mendoza estaba formada casi por dos mil hombres y mujeres, posiblemente un poco menos, una gran variedad de animales y todo aquello que pudiera ser necesario en términos de provisiones y equipamiento para un emprendimiento de semejantes proporciones. Se trataba de una verdadera misión de conquista perfectamente armada y pertrechada y que incluía un buen número de soldados mercenarios no españoles. Un miembro

de esta armada, el alemán Ulrich Schmidel, de Tubingia, fue quien escribió la primera crónica detallada de Buenos Aires. Ambrosio Eusebio también fue de la partida; se trataba de un hombre modesto que escribió y envió de vuelta a Italia las primeras noticias sobre estos nuevos y extraños territorios donde uno de sus compañeros había tenido oportunidad de ver "*un gran fiume comme mare*"¹, y donde el clima en la época de Navidad era extremadamente caluroso, lo que les resultaba curioso.

Así la flota completa levó anclas y puso rumbo a América, Opero durante el viaje varios navíos se perdieron o desviaron, por distintas razones. Para cuando la expedición finalmente llegó al Río de la Plata, tras una navegación que debió enfrentar serios problemas y luchas intestinas que presagiaban el espíritu de quienes la componían, solamente alrededor de mil quinientas almas llegaron a destino. Era un grupo muy numeroso, demasiado para una campaña de conquista si se tiene en cuenta que eventualmente habrían de estar listos para moverse rápido en un territorio hostil, a través de regiones desconocidas y adaptándose constantemente a situaciones nuevas. Era desde el inicio una expedición de conquista mal organizada. En ese sentido debemos recordar que la primera etapa de la conquista del continente no fue una acción oficial sino de emprendimientos privados –esta fue de las últimas-, en que el Adelantado ponía su propio dinero, podía o no pedirle participación pecuniaria al Rey tal como hizo Colón ya desde el inicio, aunque sí debía pedir permiso y recibir instrucciones.

Una vez que la expedición llegó a la isla de San Gabriel, en el interior del Río de la Plata, Mendoza envió un grupo para que hiciera un reconocimiento de la orilla sur; años atrás un miembro de dicho grupo había navegado con Sebastián Caboto en las mismas aguas y seguramente algo recordaría. El grupo localizó un sitio bien protegido al pie de una pequeña barranca, en la entrada irregular de un pequeño río que formaba una amplia curva en su boca, lo que llegado el caso constituiría un impedimento si naves enemigas buscaban acercarse directamente; era evidente que entraban barcos de buen calado aunque fuese complejo el acceso. Este sitio se eligió entonces como cabeza de puente y área de desembarco y desde allí se iniciaron las operaciones de reconocimiento y conquista. Este río, para el consenso casi absoluto de los historiadores ha sido el Riachuelo, cosa que muy pocos se han aventurado a discutir.

El territorio que estipulaba la Corona era extraordinariamente amplio con una superficie tan extensa como toda Europa occidental. ¿Por qué entonces eligieron la costa sur en lugar de la norte? Esta pregunta ha sido planteada ininidad de veces, pero hasta el momento no se ha logrado una respuesta satisfactoria. La costa norte (actual Uruguay) era firme y rocosa, de aguas limpias y puertos profundos; el lado sur (Argentina) era en extremo barroso, asomaban las toscas y sus aguas eran sucias y poco profundas. Si asumimos algunos puntos de vista que contradicen aquellos de la historiografía tradicional, bien pudiera ser que Mendoza no tuviera

¹ Bonifacio del Carril, La primera publicación sobre el Río de la Plata, en: *La Nación*, 30 de enero, 2ª. Sección, 1955, pag. 1

intención ninguna de fundar una ciudad, sino que más bien deseara establecer un asentamiento temporario desde el cual poder explorar el territorio sin verse forzado a cruzar los grandes ríos que hubiera encontrado en su camino, de haber elegido la orilla norte. En realidad, en el sur estaba mejor protegido contra otras naves y suficientemente lejos de los enemigos potenciales, los portugueses; pero era la orilla menos apta para fundar cualquier tipo de poblado estable. Todas las decisiones tomadas dan a entender que estaban más relacionadas con una necesidad de resguardar una posición fortificada en una acción militar, de protegerse contra ataques provenientes de aguas afuera y no desde tierra adentro; nadie buscaba buenas tierras de labranza o para hacer un verdadero poblado. Obviamente no se tuvieron en cuenta las condiciones del entorno y muy pronto los expedicionarios se encontrarían en graves problemas.

Mendoza se adentró por el curso de agua –supongamos que el Riachuelo–, ancló sus naves, desembarcó, e instaló el campamento en algún lugar cerca de la costa seguramente a metros de sus barcos. Allí hizo contacto con los indios seminómades que hacían sus pesquerías en el área y a los que se les exigió que les abastecieran de peces y otros alimentos, ya que mucho más no tenían. Esta colaboración de los aborígenes no duró más que unos pocos días puesto que se negaron a seguir proveyéndoles de alimentos; simplemente no podían hacerlo; no estaban asentados allí en forma permanente y carecían de las sólidas estructuras económicas de las culturas urbanizadas de Perú o México. Por lo tanto, hubo peleas, luchas, muertos y heridos. Mientras tanto comenzaron las expediciones hacia el norte, primero tratando de encontrar el paso hacia el Perú, luego simplemente buscando alimentos para sobrevivir. Al poco tiempo los conquistadores cayeron en la cuenta que su situación era desesperada: Mendoza había perdido el control sobre sus hombres, las luchas internas hacían estragos, él mismo estaba enfermo de sífilis, y para peor, era evidente que carecía de las cualidades de un líder. Todo daba a entender que la región era pobre y que también lo eran los aborígenes, esto era lo más grave; no había en el lugar ni una flora ni una fauna suficientes como para alimentar bien a un grupo tan numeroso e improductivo. Fue en esas condiciones que iniciaron la larga marcha hacia el norte, remontando los ríos siempre en pos de las rutas –reales o imaginarias– de la plata, estableciendo asentamientos temporarios aquí y allá, mientras rapiñaban a los indios todo lo que tenían a su alcance. Los hombres comenzaron a morir en número alarmante; los expedicionarios apenas si lograban subsistir y la obtención de alimentos les planteaba enormes dificultades. Remontar el río Paraná les insumía meses de viaje para avanzar unos pocos kilómetros ya que debieron llevar las naves a la sirga desde la orilla o arrastrarlas con cuerdas, centímetro a centímetro, en botes a remos. De la primera expedición que partió en busca de comida, la mitad de los hombres resultaron muertos por inanición. Sin embargo, de una forma u otra, el resto logró sobrevivir soportando grandes penurias, hasta que finalmente dos de estos grupos de exploradores lograron encontrar alimentos. Los miembros de una de las expediciones fundaron otro asentamiento

temporario, Buena Esperanza, cerca de Sancti Spiritus, y lo mismo ocurrió con la fortaleza de La Candelaria.

Entretanto, los que permanecieron con los barcos lograron mejorar un tanto sus condiciones de vida en el llamado Real de Nuestra Señora de Santa María de Buen Aire, que recibió este nombre por ser el de la virgen de los hombres de mar; en realidad al ser cada día menos el problema tomaba otro cariz y se acercaban a lo que realmente la naturaleza permitía. ¿Se quedaron en la orilla cerca de sus naves?, ¿con el tiempo buscaron un sitio mejor donde instalarse?, son dudas que quedan abiertas. Lo concreto es que se construyó una cabaña para Mendoza y también algo así como una iglesia con el maderamen de una nave, junto con una muralla de barro y algunas otras pocas cabañas. Por supuesto con los años el Hispanismo histórico diría que era una “residencia” y una “iglesia”, términos grandilocuentes que pocos pudieron haber creído entendiendo lo que era esa conquista. Lo concreto es que por imposibilidad, por culpas de Jerónimo de Cabrera, por el fracaso de Mendoza y sus seguidores, o por lo que fuese, el sitio quedó abandonado antes de los cinco años, con un rotundo fracaso.

Después de que los últimos escasos sobrevivientes abandonaron la aldea en 1541 rumbo a Asunción, que sí crecía a ritmo acelerado, dos grupos diferentes magnificaron la importancia de ese pobre primer y fantasmal asentamiento, aprovechando quizás precisamente la falta de datos concretos: uno –el más antiguo- estaba formado por aquellos que le habían entablado litigio a los herederos de Mendoza, fallecido durante su viaje de regreso a España²; el otro por los historiadores nacionalistas e hispanistas de principios del siglo XX deseosos de presentar una historia lo más gloriosa posible. Como la palabra "puerto" había precedido siempre al nombre del asentamiento, lo que sugiere que hasta los mismos expedicionarios lo consideraban un lugar donde atracar lo que importaba, y no una aldea lo que estaba en segundo plano, permitió imaginar que esas eran dos cosas diferentes, entidades separadas físicamente: no sólo habíamos tenido un puerto, sino además también una aldea; éramos doblemente grandiosos.

En la región, por cierto, solamente hubo pocos asentamientos estables antes que Buenos Aires: el primero de ellos no fue más que una fortaleza a orillas del río San Juan conocido hoy en día como río Uruguay; con una población de doce hombres en donde Sebastián Caboto se había hecho fuerte allí a principios de 1527; el segundo fue Sancti Spiritus, que no duró demasiado ya que fue arrasado por los nativos que no estaban dispuestos a aceptar la presencia de extranjeros en sus territorios y mucho menos a cumplir con sus exigencias de alimentos y oro. Por su parte, uno de los hombres de Mendoza hizo dos veces el intento de volver a colonizar Corpus Christi y en ambas oportunidades fracasó; los colonos se vieron obligados a partir.

² Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires, 1941/48, *Documentos históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense*, 5 vols, Buenos Aires

Por todo esto, la primera Buenos Aires, fuera de la mitología y la exageración histórica de sus tiempos, tal vez no fue más que un asentamiento temporario, similar a tantos otros establecidos únicamente como cuartel de paso o fortaleza al servicio de una operación de conquista de gran envergadura, una cabecera de puente, un abrigo seguro. De los escritos de Ulrico Schmidel surge con claridad que a los aborígenes se los trataba con una crueldad indecible como si no se pensara en continuar allí mucho tiempo; cuando los expedicionarios tomaron la decisión de ejecutar a los caciques Payaguá los sentenciaron a morir en la hoguera, pero los fueron quemando lenta, parsimoniosamente, de un modo que no era muy distinto al procedimiento usado en la europea Edad Media. Dicho autor tampoco tiene empacho en relatar cómo todos ellos robaban, rapiñaban, quemaban aldeas hasta dejarlas reducidas a cenizas y tomaban todos los esclavos que podían; en cuanto a los españoles se ultimaban entre ellos por la menor ofensa. La idea de establecerse definitivamente, de trabajar la tierra y de construir una ciudad jamás cruzó por sus mentes. No pescar y pasar hambre mientras se remonta el Paraná puede sonar casi estúpido, o una simple mentira.

Y esto nos lleva una vez más a la antigua controversia relacionada con la posible extensión de Buenos Aires y el tipo de asentamiento de que se trató. Para algunos autores fue una verdadera ciudad con una plaza, calles, iglesias y una cantidad importante de viviendas confortables que incluían la residencia del Adelantado que alguien imaginó de dos pisos. Para otros, leyendo por detrás de las exageraciones, nunca fue más que un grupo de chozas precarias hechas de madera y paja, que en algún momento quedaron encerradas dentro de un muro bajo de adobe, y que posiblemente ni paredes tenían.

Hay una segunda cuestión que tampoco ha sido dilucidada hasta el momento y que tiene que ver con la ubicación precisa de esa supuesta ciudad, o lo que haya sido. Existen algunas hipótesis contradictorias y también una posición oficial asumida por parte de la historia nacional, según la cual el sitio de la primera fundación de Buenos Aires está en el sector sur de la parte más alta de la ciudad actual, junto a la barranca y en el punto más cercano al Riachuelo, esto es donde hoy en día se encuentra el Parque Lezama. Esta es la ubicación oficial de la primera ciudad; pero también es éste el sitio donde hemos llevado a cabo excavaciones arqueológicas y donde no pudimos encontrar un sólo fragmento que pudiera ser atribuido con certeza al siglo XVI.

La historia de esa primera Buenos Aires comenzó a declinar cuando Juan de Ayolas, cumpliendo con instrucciones recibidas de Mendoza, construyó una fortaleza en 1537 llamada Nuestra Señora de Asunción, actual capital de Paraguay. El asentamiento se estableció en un entorno ecológico más apto para una estada permanente basada en la recolección y la caza, con aborígenes amigables en los alrededores, suficiente comida, una razonable provisión de agua y un puerto. Este asentamiento puede considerarse una muestra de lo que Buenos Aires o cualquier otro sitio contemporáneo pudo haber sido, porque al menos hasta 1541 no fue otra

cosa que una inmensa cabaña de madera y paja rodeada por un muro perimetral de adobe³. Resulta interesante que quienes escribieron una y mil veces la historia de esta Buenos Aires no prestaran atención a la de Asunción hecha por la misma gente en el mismo momento, pese a conocerla y que buena parte de los documentos se han conservado; o no les interesaba por algún motivo o simplemente no les convenía recordarlo.

En Buenos Aires los pobladores aún pasaban hambre y los niveles de mortalidad eran altos a tal grado que, verdad, exageración o probable mentira, se dijo que llegó uno de sus pobladores al canibalismo; así y todo solamente un grupo muy reducido llegó finalmente a tomar la decisión de cultivar la tierra. Y recién después de dos años de arduos padecimientos uno de los colonos tuvo la idea brillante de usar anzuelos para pescar, empleando también las redes que les habían robado a los aborígenes cuando tiempo atrás se lanzaron contra ellos en el río Luján exigiéndoles alimentos. El grupo de expedicionarios estaba compuesto principalmente por mercenarios y soldados codiciosos que no estaban dispuestos a efectuar trabajos manuales y que por contrato debían ser sostenidos por Mendoza. Pero día a día sus planes y proyectos parecían caerse en pedazos: no vislumbraban tesoro alguno a la vista y la ruta hacia las tierras de la plata no era más que un espejismo; iban a tener que abrirla ellos mismos, no era como con Cortés y Pizarro que les habían señalado el camino. Y para peor, después que Mendoza se fue para España la población y las nuevas autoridades comenzaron a luchar por el poder, mientras se debatía la idea de trasladarse hacia Asunción, al norte, o de permanecer donde estaban. La situación tuvo un final abrupto cuando Alonso de Cabrera tomó la decisión irrevocable de seguir adelante y prendió fuego a lo poco que quedaba en pie de la pequeña villa. Ya corría el año 1541 y sólo un grupo muy reducido de pobladores seguía con vida, quizás menos de doscientas personas. Una vez llegados a destino, las antiguas y precarias cabañas de Asunción fueron derruidas y se dibujó el primer trazado de la ciudad, ahora sí pensada como estable y hacia el futuro, había que hacerlo porque si no era imposible repartir la tierra y pedir mercedes al Rey.

Esta historia pudo haber tenido un final diferente si pensamos que Alvar Núñez Cabeza de Vaca llegó a la villa abandonada de Buenos Aires sólo pocos días después, con órdenes de poblarla una vez más. Si bien intentó asentarse nuevamente en las orillas del río San Juan sobre la costa este, todos sus esfuerzos resultaron vanos y ese sitio también fue abandonado. Al final todo confluyó en Asunción.

¿Cómo podría toda esta información histórica traducirse en términos de arqueología? Si aceptáramos las versiones historiográficas tradicionales, sin lugar a dudas deberíamos haber encontrado evidencias claras de una villa con arquitectura de adobe, toda suerte de restos de cultura material y obviamente, cientos de cuerpos enterrados, en algún lugar de donde se

³ Una interpretación comparativa en este posible asentamiento y Asunción puede verse en Daniel Schávelzon, *Arqueología de Buenos Aires*, Ediciones Emecé, 1999, Buenos Aires

estableció que estuvo la villa. Pero si por el contrario estuviéramos dispuestos a aceptar el cuadro general esbozado hasta aquí, lo que tendríamos entre manos no sería más que un recinto cerrado con algunas cabañas o chozas, una de las cuales albergaba a la iglesia, otra un tanto más acogedora a don Pedro de Mendoza, pero nada más que sencillas cabañas todas ellas rodeadas en forma irregular por un muro bajo de adobe que cerraba el área. En cuanto a su ubicación física: aún cuando la hipótesis oficial dice que la villa ocupaba el espacio en el que actualmente se encuentra el Parque Lezama o en sus inmediatas proximidades, los estudios llevados a cabo han demostrado que de hecho que ninguna de estas versiones tradicionales tienen raíces sólidas, o por decirlo de otro modo, todas ellas contienen elementos que pueden hacerlas sólo parcialmente ciertas, ya que los restos ahí no están. La documentación histórica referente a Parque Lezama, al igual que a otros sitios dentro y fuera del perímetro de la ciudad, ha sido usada en forma acrítica y arbitraria recogiendo sólo aquellas porciones de información que mejor convenían a las hipótesis que se pretendían presentar como válidas. La realidad es que de la documentación histórica no es posible extraer datos que puedan probar sin lugar a dudas dónde estaba ubicada la primera aldea, y el análisis no comprometido de todas las posiciones tomadas en esta cuestión deja la puerta abierta a tal cantidad de interpretaciones que sería necesario elegir al gusto de cada quien para decidir por una u otra. Y fue precisamente por esto que tomamos la decisión de excavar Parque Lezama sin que hayamos encontrado evidencias de objetos o restos arquitectónicos de la época, como más adelante detallamos. Basados en esos resultados, continuamos efectuando excavaciones e investigando en otras ubicaciones posibles de la primera villa, a partir de la información sugerida en la bibliografía histórica; todos fracasaron y luego se analizan.

De todas las descripciones disponibles que comparten las características de presentar una información incompleta y de ser sumamente parcas a la hora de presentar datos exactos, aquellas a las que con mayor frecuencia se ha hecho referencia han sido las de Francisco Villate, Ruy Díaz de Guzmán, Martín del Barco Centenera, Pero Hernández y Martín González, además de la ya mencionada autobiografía de Schmidel. Sin embargo, hay varios textos que no ha recibido la debida atención, o han sido leídos en función lógica del interés de cada quien. Valga de primer ejemplo el de uno de quienes estuvo y vivió en ese sitio, es decir que es un testigo presencial⁴: se trata de un escrito de Antonio Rodríguez quien dijo que en ese sitio fallecieron seiscientas personas y que "carecieron de sepultura", lo que sugiere que allí quedaron al dejar "la ciudad sepultura de muertos" cuando fue abandonada en 1541. Este dato, para la arqueología no es menor. Debemos tener en cuenta que para los compañeros de Mendoza el lugar donde estaban no tenía ni importancia ni una dirección, identidad o sitio fijo,

⁴ Serafim Leite, Un cronista desconocido de la conquista del Río de la Plata Antonio Rodríguez (1535-1553), en: *Actas del XXVI Congreso Internacional de Americanistas, Reseñas y Trabajos (1935)*, pp. 148-160, 1948, Sevilla, pag. 153

no había necesidad de referencias geográficas precisas, no era siquiera importante y por eso nadie lo puso. Era justamente lo que Luis de Miranda destacó al decir "vivo en esta conquista"; era un sitio que no importaba dónde estaba, era sólo un lugar desde el cual "hacer entrada, penetrar la tierra, conquistar"⁵.

Por supuesto que en la búsqueda de rastros de ese fantasmal poblado, estaríamos dispuestos a aceptar que el terreno donde se encuentra el Parque Lezama ha sido notablemente perturbado por las muchas construcciones llevadas a cabo allí durante los siglos XVIII y XIX, algunas de ellas enormes como la excavación del anfiteatro; sin embargo también es un hecho que no hemos encontrado un sólo fragmento de cerámica que pudiera ni remotamente asociarse con seguridad con el siglo XVI, los que aunque revueltos deberían seguir allí o muy cerca.

Otra evidencia que tiene que ver con la primera Buenos Aires son los restos de un naufragio, descubiertos durante el siglo pasado en la boca del Riachuelo⁶; es de lamentar que esos restos, después de 1926, no han vuelto a ser estudiados en profundidad. También existen algunos hallazgos ocasionales y un sitio colonial con restos indígenas reportados por Carlos Rusconi⁷ pero que si bien ha servido para especular, lo hemos entendido como muchísimo más tardío.

Ninguna de las excavaciones arqueológicas hechas en la ciudad, que ya son muchas⁸, ha posibilitado el descubrimiento de contextos arqueológicos que pudieran asociarse con la época del primer asentamiento; sí se han hallado fragmentos cerámicos fechados para esos años, pero nunca en un contexto. Hasta ahora, el conjunto arqueológico más antiguo en Buenos Aires está fechado para 1590 +50. En años recientes hemos llevado a cabo un relevamiento de arqueología de superficie en parques y plazas, incluyendo también algunas áreas abiertas sobre la vieja barranca del río, al sur de la ciudad hasta Parque patricios, que también resultó sin materiales de esa cronología⁹. Sin dejar de tener presente que dichos espacios han sufrido grandes cambios y movimientos de tierra, nuevamente tenemos que en estos casos tampoco se halló ninguna cerámica de ese fechamiento que pudiera apoyar las hipótesis de algunos

⁵ Grady Loproto, *Que vivo en esta conquista, textos del Río de la Plata, siglo XVI*, Ediciones de la UNLP, La Plata, 1996

Malbrán, América, 2001 Informes sobre los trabajos arqueológicos hechos en plazas de Buenos Aires, mecanoscrito, Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.

⁶ Antonio Romero, Fundación de la ciudad de Buenos Aires, en: *Actas del Congreso Internacional de Americanistas (1926)*, vol. I, pp. 633-663; Madrid, 1928

⁷ Carlos Rusconi, Investigaciones arqueológicas en el sur de Villa Lugano, *Anales de la Sociedad Argentina de Geografía* GAEA, Vol. III, pp. 75-118, 1928; Alfarería querandí de la Capital Federal y alrededores, en: *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Vol. 129, pp. 254-271, 1940; Acerca de los paraderos indígenas de Villa Riachuelo, *Revista del Museo de Historia Natural*, vol. IX, nos. 3-4, Mendoza, 1956

⁸ *Guía del Patrimonio Cultural de Buenos Aires: arqueología urbana*, vol. III, DGPAT, Gobierno de la Ciudad, Buenos Aires

⁹ América Malbrán, *Informes sobre los trabajos arqueológicos hechos en plazas de Buenos Aires*, mecanoscrito, Centro de Arqueología Urbana, 2001, Buenos Aires

historiadores alternativos como Guillermo Furlong¹⁰ quien pensaba en ese parque. La situación se repite en la barranca de Plaza San Martín y en otros sitios propuestos, como por ejemplo las orillas del Tercero del Sur¹¹. Por lo tanto, o esa primera Buenos Aires no tuvo nada que ver con las ideas que son mayoritariamente aceptadas no siendo más que un mito histórico o historiográfico, o estuvo en algún otro sitio, o el proceso de destrucción del suelo urbano ha sido tan pronunciado que de ella no quedó ni la más ínfima evidencia. O, como pensamos ahora, las condiciones geográficas y geomorfológicas han variado tanto que ya no es factible entender la naturaleza que se nos describe en el siglo XVI temprano y la estamos proyectando donde nosotros –o los historiadores que lo hicieron- suponemos que son esos lugares.

Y todavía queda otra pregunta sin respuesta acerca de esta malograda Buenos Aires y está relacionada con el verdadero tipo de vida de su gente. Las descripciones antiguas hablan de hambre y desesperación; pero también hablan de colonos que se negaban a trasladarse a Asunción. Lo que antecede podría entenderse de varias maneras: podríamos pensar que los comienzos fueron realmente muy duros pero que con el paso del tiempo la situación tendió a mejorar; también podríamos imaginar que la pesca y el cultivo de la tierra hicieron la vida un tanto más llevadera, o que la alta tasa de mortalidad sólo dejó a un número pequeño de colonos, más a tono con lo que los recursos disponibles en el área podían proporcionar en términos de subsistencia. Pero aún cuando este tema de la muerte por inanición surge una y otra vez, podríamos también postular -si hiciéramos una lectura entre líneas de la documentación histórica-, que los conquistadores en realidad gozaban de una buena posición en términos de cultura material. Estaban en condiciones como para comprometerse por cantidades importantes de dinero -por medio de la firma de documentos sobre futuros hallazgos de oro-, al comerciante León Pancaldo, cuya nave cargada de mercaderías vino a hundirse precisamente frente a las costas de Buenos Aires¹². La lista de productos que se encontraban en la nave de Pancaldo y que fueron vendidos a los conquistadores es sorprendente: africanos esclavizados, docenas de cajones de finas telas, sombreros, peines, materiales para costura, papelería, vidrios, frascos, cuchillos, perfumes, plumas para sombreros, trajes, calcetines, sedas, terciopelos, encajes de Holanda, herramientas, conservas, queso, ajo, alcaparras, jabón, azúcar, pimienta, azafrán, etc¹³. Es cierto que es el tipo de mercadería que llevaba hacia Perú, todo de lujo incluidos los

¹⁰ Guillermo Furlong, ¿Donde estuvo situada la Buenos Aires de Pedro de Mendoza?, *Estudios*, no. 569, pp.---, 1965; Algo más sobre la primera fundación de Buenos Aires, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Vol XLIV, pp.---. 1971; La primera fundación de Buenos Aires”, en *Todo es Historia* no.--, pp---,1973

¹¹ Aníbal Cardoso, Buenos Aires en 1536, en: *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*. Serie III, Tomo XIV, pp. 309-372, 1911; El Río de la Plata desde su génesis hasta la conquista, *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*, Tomo XXVII, pp. 153-284, 1915

¹² Rafael D’Auria, *El desconocido: Leone Pancaldo*, edición del autor, Córdoba, 1993 (reproduce el juicio); José Torre Revello, Desventura y muerte de un ilustre marino italiano en Buenos Aires (1538-1540), *La Prensa*, 24 de abril 1938; Enrique de Gandía, Los primeros italianos en el río de la Plata, *Azul* no. 3, pp. 113-144, Buenos Aires, 1931

¹³ Comisión Oficial, op. cit., (1941), vol. II, pp. 236-242

alimentos, pero el accionar de las autoridades y los que tenían alto nivel –la de la población baja no la sabemos- no parece ser el de un pueblo al borde del canibalismo, sino de quienes se preocupaban por la moda y lo suntuario en una subasta pública.

Creemos que eso, el hambre extrema y el canibalismo, es ya imposible de sostener puesto que de hecho los conquistadores jamás sacrificaron sus caballos para alimentarse y hacia 1580 todavía había abundancia de ellos en la región; es posible que lo mismo sucedería con los cerdos. En las relaciones que describen la partida se hace hincapié en los muchos porcinos que se habían logrado reproducir, y estaban los que dejaron libres a su llegada en las islas del río, los que nadie volvió a buscar pudiendo fácilmente hacerlo y sólo fueron hacia allí a la salida hacia Asunción, pero dejaron aun más en las islas. ¿Es posible que la historiografía haya buscado poner especial énfasis en las penurias que soportaron los primeros colonos?, ¿que intencionalmente dejaran de citar las comodidades de que pudieron haber disfrutado para centrarse en los sufrimientos?, ¿es factible que pueda haber otras versiones de esos mismos sucesos?

Debe tenerse en cuenta que la mayoría de las descripciones de este evento fueron hechas en medio de fuertes controversias y muchas veces por los mismos interesados -con el afán de destacar sus méritos personales-, sin olvidar las terceras partes comprometidas en litigios contra la sucesión de Mendoza.

Pedro de Mendoza y sus capitanes fracasaron por completo: no lograron ni conquistar ni colonizar la región, no se llenaron de oro o piedras preciosas y no consiguieron llevar adelante el proyecto de fundar una ciudad viable. El hecho de que los expedicionarios se hubieran establecido en la pampa, uno de los territorios más ricos del mundo, más extenso y adecuado para la agricultura y la cría de ganado que cualquier región conocida de Europa, hace que los resultados de esta empresa resulten un completo sinsentido. ¿Qué quedó entonces de esta aventura de Mendoza?, evidentemente no terminamos de entender a Mendoza si consideramos que era un hombre que en su equipaje traía a Erasmo, Virgilio y Petrarca. O a lo mejor fue precisamente por eso que fracasó.

La fundación de la próspera Asunción, con una mezcla tan intensa de grupos humanos que para 1574 Juan López de Velazco reportaba 300 vecinos y 2900 nuevos nacimientos, y para 1600 Antonio de Herrera mencionaba 400 españoles y 3000 mestizos, fue lo que llevó al surgimiento de la primera estructura urbano-regional del sur oriental del continente, que con el tiempo llegó a representar un fuerte apoyo para la nueva fundación de Buenos Aires y la consiguiente marginalización de Asunción; pero para eso faltaban cuarenta años. En el territorio también se fundaron otras ciudades que no pudieron prosperar; tal fue el caso de San Lázaro fundada en 1527 como el primer asentamiento. En las cercanías de Asunción, en 1557, la Ciudad Real del Guayrá se

fundó alrededor de Villa de Ontiveros, otra pequeña aldea que había sido fundada con anterioridad en 1554, y en Salto Grande se hizo lo propio con Villa de San Juan en 1552 que desapareció tres años después. Más cerca de Buenos Aires, Juan Ortiz de Zárate fundó Zaratina de San Salvador en 1573 sobre la costa este del río, tras haber recibido la orden de repoblar Buenos Aires en el lugar que había ocupado primitivamente, y en caso de no ser esto posible debía hacerlo en alguna otra ubicación apropiada; el asentamiento duró menos de un año. Y hubo otros asentamientos: Villa Rica fue fundada tres veces, Santiago del Estero fue fundada en cuatro lugares diferentes; Santa Cruz de la Sierra fue fundada dos veces al igual que Santa Fe; Talavera de Madrid o Esteco se fundó en tres sitios diferentes y San Miguel de Tucumán dos veces. San Salvador existió entre 1574 y 1576 en las proximidades del sitio donde Caboto había construido su fortaleza; Villa Rica del Espíritu Santo se fundó en 1577 y se cambió de lugar al año siguiente; de 1593 a 1632 existió también Santiago de Xerex en Paraguay, y Concepción del Bermejo que se fundó en 1585 quedó abandonada en 1632. En mi opinión, la primera Buenos Aires no fue otra cosa que uno más de todos los casos mencionados: una cabecera de puente, un asentamiento provisional extremadamente pobre, sencillo, casi inexistente; poco más que un campamento militar al que a nadie le importaba dónde de estaba exactamente. Nunca fue un poblado –ni hablar de una ciudad-, ni siquiera el embrión de una de ellas; quizás sea la hora de asumir una actitud más modesta frente a nuestra historia; cuando el religioso Luis de Miranda de Villafaña escribió sobre ella en 1569 su romance sobre la conquista de esta tierra dijo “que era nuestra casa y lodo/ todo uno”¹⁴. Poesía al fin, pero al parecer bien descrita.

¹⁴ Uso la versión publicada por José Torre Revello, *La fundación...*, op. cit. (1937), pag. 189

II.

La primera Buenos Aires entre la historia y el mito

Uno de los temas que siempre ha resultado atractivo para quienes han emprendido el estudio de la historia de Buenos Aires ha sido lograr ubicar la aldea de Pedro de Mendoza. Sin embargo, por no ser tarea sencilla, el establecer el lugar de esta primera ocupación española en la ciudad actual, ha suscitado más de una polémica y aun sigue abriendo interrogantes que se iniciaron el siglo XIX y siguen aun en el inicio del siglo XXI. Incluso al hacer referencia al sitio de la primera “fundación” tal como se la ha dado en llamar, este término remite a una vieja discusión acerca de si Buenos Aires fue *fundada* o no en esa oportunidad. Si bien en este estudio hacemos caso omiso de esa polémica legalista, sea o no importante, no dejamos de aceptar su existencia. Es nuestra preocupación poder hallar su ubicación precisa ya que las investigaciones arqueológicas arrojarían luz sobre las condiciones de vida y muerte de aquella población; además de establecer el sitio exacto y apuntalar así el patrimonio cultural de la ciudad.

En cuanto al establecimiento de ese primer sitio surge un conjunto de imprecisiones y resulta extraño que no se ejecutaran las ordenanzas de Carlos V de 1523, al igual que no se registrase ningún plano o esquema de dicho asentamiento con distribución de solares, ni nadie lo describiera de esa manera como referencia indirecta. Debemos ser concientes que la existencia de un plano de repartición de solares es un acto administrativo, que muchas veces se hizo sin que no existiera en la realidad ya que se lo usaba para justificar otros pedidos o acciones, o eran de buena intención que fracasaban, en este caso no parece haber existido o se ha perdido todo. El debate historiográfico en esto ha sugerido dos posturas¹⁵: una es que si bien no se ha encontrado un acta de fundación de Buenos Aires, ni se conoce una ceremonia de fundación si es que ya existía algo similar a las posteriores, ni consta la existencia de un Cabildo la población no podía considerarse ciudad, para otros en cambio la lista de cabildantes existente indica que sí había sido fundada más allá de su real dimensión¹⁶. La ciudad o al menos el establecimiento se llamó en sus orígenes Espíritu Santo, mientras que el puerto fue Nuestra Señora del Buen Aire. Para algunos el puerto era una cosa y la ciudad otra, de forma tal de ayudar a la hipótesis de la existencia de la ciudad, para muchos otros era lo mismo, nadie se alejaba mucho de sus barcos salvo por necesidad u obligación y las diferencias entre el puerto y

¹⁵ Enrique de Gandía, Enrique, *La ciudad de Buenos Aires fundada por Pedro de Mendoza*, Historia, no. 51, pp. 109-114

¹⁶ *Ibidem*.

lo demás era puramente formal. Separándolos, por sí mismo probaría la existencia de un poblado digno de tal, no dejando dudas de que no hablaban de un mismo sitio sino de dos, aunque debemos tener en cuenta que si bien existe un registro de alcaldes y regidores del tiempo de Mendoza cuyos nombres fueron escritos por el escribano Sánchez y se hallan en una real cédula, desconocemos si siquiera tuvo visos de hacerse realidad más allá del papel. Lo que sí sabemos es el extremo legalismo que encubría con papeles realidades muy diferentes y la necesidad de ir justificando decisiones, a veces disfrazándolas, exagerándolas u olvidando, en un mundo en que el único contacto entre América y el Rey en España eran estos papeles que iban y alguien leía y otorgaba mercedes en virtud de lo que decían los papeles que fue hecho.

Lo cierto es que el sitio preciso donde Mendoza levantó esta primera población, al igual que su puerto, sean o no lo mismo, no se conoce con exactitud, y aunque debe considerarse que “los conquistadores españoles no eran parcos en redactar con abundante y pintoresco léxico los trascendentales episodios que vivían en sus travesías. Además los jefes expedicionarios debían rendir cuentas a Su Majestad de todo lo acontecido y con mayor razón de un episodio tan destacado como era el de la fundación de una ciudad para la que habían sido especialmente encomendados¹⁷”, este parece ser el caso de excepción. La falta de estos datos concretos son precisamente lo que nos hace sospechar que hay algo extraño y luego iremos viendo que, si, que nos estamos basando en textos que en su mayor parte fueron escritos para apoyar pleitos o personas, o para denostarlas. Ruy Díaz de Guzmán asegura que: “determinó luego don Pedro de hacer allí asiento”, sin embargo para Eduardo Madero “Lo que sobre el lugar, pueblo y nombramiento de autoridades se ha escrito, no ha sido comprobado, y es evidentemente inexacto”¹⁸, para tomar dos posturas antitéticas como ejemplo. Nosotros no podemos ir tan lejos, no sabemos si esa y otras descripciones son inexactas o exageraciones, o una intencionalidad optimista, legalista al fin, para una Corona que se hallaba a miles de kilómetros de distancia. Esto abre interrogantes ¿se exageró o mintió en esa época, o se exageró en la historiografía del siglo XX para ver lo que se quería ver?

Planteada a grandes rasgos la cuestión, en este trabajo se desarrolla la situación del estuario del Plata en el momento de la conquista por los españoles en donde tendrá lugar el asentamiento de la primera Buenos Aires; y por otra se revisa el debate suscitado por una amplísima bibliografía que ha tratado el tema desde el siglo XVI, para ser retomada en el siglo XIX como núcleo de interés del estudio de nuestro período hispánico. Se definen varias precisiones, una, concluirá con la determinación de un sitio declarado oficial en 1936 con motivo de celebrarse el Cuarto Centenario de la primera fundación; la otra, referida al asentamiento y sus posibles ubicaciones con especial énfasis en la hipótesis establecida por Paul

¹⁷ Eduardo Madero, *Historia del Puerto de Buenos Aires*. Buenos Aires, Ediciones, 1939, pag. 146

¹⁸ *Ibidem*.

Groussac en 1916¹⁹, que nos puede abrir a la luz de los conocimientos actuales, nuevas perspectivas.

¹⁹ Paul Groussac, La Argentina. Noticia sobre Ruy Díaz de Guzmán y su obra, *Anales de la Biblioteca Nacional*, Buenos Aires, tomo IX, 1914; *Mendoza y Garay: las dos fundaciones de Buenos Aires*, Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1916

III.

El Río de la Plata: el gran escenario del primer Asiento o Real

Cuando se estableció la primera Buenos Aires la región ya había sido explorada por varios viajeros, porque el Río de la Plata se había descubierto hacia 1530, y entre ellos se encontraban personalidades de la talla de Caboto, Vesputio y Solís. Ante el asombro con que este río inmenso fue visto, los conquistadores definieron su escenario tanto como “un mar dulce” como el “padre de los ríos”²⁰. Por otra parte era la única opción para internarse en el continente y para aproximarse -por lo menos-, a la tan buscada sierra del Rey Blanco de donde manaban interminable la plata.

Recordemos que la ruta hasta el rico Perú se iniciaba en las Islas Canarias, que era la base marítima más cercana a América y fue utilizada desde tiempos de Colón para el cruce oceánico, encaminándose en su derrotero directamente hacia el Río de la Plata, acercándose a la costa tras pasar por las islas, en ese entonces llenas de lobos marinos para tener carne fresca. Luego estaba el río, gigantesco, extremadamente complejo de remontar y explorar con sus mil brazos, que realmente enloqueció a los primeros viajeros por llegar a lo que hoy es Potosí. Pero una cosa era Asunción, otra cruzar las selvas hacia tierra adentro, a tal grado que fue mucho más fácil dar la vuelta por el Estrecho de Magallanes, llegar al Cuzco y luego descender las sierras hasta Potosí. De todas formas el río de la Plata seguía siendo un sitio doblemente estratégico: como guardia contra Portugal y como posible puerto alternativo para evitar la vuelta al continente; este tema sería crucial para Buenos Aires, para su establecimiento y existencia por los siguientes dos siglos. Pero esta es una historia posterior, la sorpresa que tendrían los habitantes de la ciudad cuando, una vez vuelta a fundar, el Rey negara el permiso para establecer un puerto.

La elección del territorio que se le dio a Mendoza para explorar y conquistar no fue casual; no sólo porque era de las pocas que aun quedaban en el continente sin otorgar sino porque la primera cartografía y narraciones mostraban ya la potencialidad del río de la Plata que penetraba directo hacia el norte. El Consejo de Indias había estudiado la situación de la región y tenía los informes de Francisco César y sus compañeros y sobre todo de los pilotos de Caboto y de Diego García de Moguer; en base a ellos todos consideraron que el primer real o fortaleza debía estar en un punto del estuario que tuviera condiciones favorables para establecer relaciones fáciles con España y con las colonias del interior e incluso hasta con costa del

²⁰ Horacio Diefrieri, *El padre de los ríos*, en: *Geohistoria de una metrópoli*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1981

Pacífico. En base a eso el 21 de mayo de 1534 el rey Carlos V firmó una capitulación con su criado y gentilhomme don Pedro de Mendoza para conquistar y poblar las tierras y provincias del “Río de Solís, que llaman de la Plata”²¹, para llegar hasta el Mar del Sur señalando sus deberes y obligaciones en dieciséis artículos. Todo partía de la no falsa suposición de que las regiones mediterráneas del continente poseían enormes yacimientos de oro y plata; este fue el verdadero motor para la fundación de asentamientos ribereños como entrada hacia aquellos lugares y como nexo de comunicación con Europa y para la futura salida de ese oro. Pero había un problema en la orilla occidental, que para la corona española no era sencillo, era el frenar las pretensiones lusitanas en el Río de la Plata. Verdaderas o exageradas, esto la condujo a organizar con la mayor celeridad posible un conjunto de expediciones, de las cuales la primera sería la emprendida por Pedro de Mendoza y a fundar fuertes y establecer asentamientos. El rescate de Atahualpa que llevó Pizarro a España en 1534 produjo un gran impacto y fue lo que vino a confirmar la exorbitante existencia de preciados metales dándole renovado impulso a los proyectos para estas regiones. No casualmente una de las condiciones establecidas para Mendoza por el Rey indicaba “la construcción de tres fortalezas de piedra para guarda y pacificación” del inmenso territorio que se le encomendaba²².

La flota del adelantado se dirigió hacia este río sufriendo muchos problemas en el viaje; para colmos la entrada al mismo Río de la Plata no es fácil y menos aun su derrotero ya que, recordemos, es un río sin calado, con vientos que pueden ser fuertes y sin reparos, era un verdadero Mar Dulce. La flota a su vez era grande y la tripulación estaba compuesta por aproximadamente 2000 personas –quizás menos-, hombres en su mayoría y una pocas mujeres, además de caballos y armas. No era una expedición fundacional ni agrícola, era una expedición militar y así fue planeada. La historia lo describe bien ya que sabemos que Mendoza, todo a su costa y cargo, debía traer al menos mil hombres hacia esta región, quinientos en un primer viaje, con mantenimientos al menos para un año, acompañados de cien caballos y yeguas. Más tarde pero dentro de dos años, debería llevar los otros quinientos hombres “con el mismo bastimento” y con las armas para mantener la región dominada. A cambio de ellos se le concedía permiso para entrar por el Río de Solís y cruzar hasta la Mar del Sur, donde tendría toda la tierra en una franja de doscientas leguas de costa, en carácter de gobernación, desde donde terminaba la que ya tenía Diego de Almagro hacia el estrecho de Magallanes, con la consiguiente autorización para conquistarlas y apropiarse de todo lo que hubiera o hubiese, entregando al Rey su parte.

Sabemos que al llegar a la isla San Gabriel, frente a la costa uruguaya, don Pedro de Mendoza y su gente se instalaron provisoriamente, ya que era el primer lugar en el inmenso territorio que les tocaba. Lo primero entonces fue enviar a un grupo para hacer un

²¹ E. Madero, *Historia del puerto...* (1939), op. cit. p. 129

²² Beatriz Patti, *Primera fundación de Buenos Aires (1536). La historiografía tradicional y las recientes excavaciones arqueológicas en la determinación de su emplazamiento geográfico*, Instituto de Arte Americano, 1992, Buenos Aires

reconocimiento de la zona, incluido un práctico conocedor de la costa occidental del río por haber participado de la expedición de Caboto; entendamos por supuesto qué significa ser un conocedor de un territorio casi sin accidentes geográficos, sin cartografía detallada y alejado de donde él estuvo realmente. Tras un corto periplo el grupo informó haber hallado un lugar razonable para hacer tierra firme a orillas de un curso afluente del río mayor, del que casi todos han asumido que fue el Riachuelo actual. La estadía de Mendoza en la isla fue fruto de una larga polémica entre historiadores ya que si hizo o no Cabildo allí, levantó actas o no y otras acciones de dominio que generan resultados diferentes sobre la posesión del sitio si se hicieron o no, más aun en la mirada de los historiadores de formación legalista del siglo XX temprano.

Es así que en los inicios de 1536 –aquí hubo otra intensa polémica ya que realmente no sabemos la fecha verdadera-, se instaló en algún sitio de ese río afluente una aldea con el nombre de Santa María de los Buenos Aires²³; era un sitio vagamente determinado pero que parece que reunía las características exigidas por la legislación, es decir, un lugar sano, no anegadizo, de buenos aires y aguas, con montes y tierras de labranzas. En realidad lo que importaba era un sitio que permitiera reponer fuerzas para iniciar la que sería la gran expedición tierra adentro que les daría fama y fortuna incalculable; en lo personal presumimos que no sólo nadie tomó en cuenta esas precauciones más allá de lo que hace un marinero normal ya que nadie tenía en mente en fundar nada, sólo bajar, establecer una cabecera de puente para seguir tierra adentro. No creemos que nadie haya mirado si había tierras fértiles y vientos favorables o que pasaría si ese río crecía e inundaba sus lados, importaba el calado obviamente y el poder bajar en la orilla izquierda de ser posible. Entendamos que se estaba en un universo desconocido, sin mapas, sin referencias, sin distancias. De alguna manera el propio Ruy Díaz de Guzmán, testigo presencial, lo dijo sutilmente: “Considerado el sitio y lugar, por personas de experiencia ser el más acomodado que por allí había para escala de aquella entrada, determinó luego Don Pedro hacer allí asiento mandando pasar a toda la gente”²⁴; las palabras “escala de aquella entrada” lo dicen todo.

De esta manera se ha resumido un proceso que no debe haber sido fácil porque de todas formas implicaba tomar muchas decisiones: elegir la peligrosa costa sur del Río de la Plata aunque fuera de barro y sin piedra, ubicarse del otro lado de los grandes ríos para seguir por tierra cruzando el continente para ocupar su nueva gobernación hacia el Pacífico y no hacia el norte como finalmente se hizo al remontar los ríos, aceptar como idóneo al piloto por el solo hecho de haber estado en la región en una expedición que pasó por la zona y aceptar que las

²³ La decisión del 2 de febrero de 1536 como la fecha de llegada es un consenso entre investigadores sin demasiado sustento; menos aun que la llegada coincida con el establecimiento de la aldea si siquiera la hubo. En este sentido Mariano de Vedia y Mitre ha mantenido una actitud crítica, *Don Pedro de Mendoza* ... (1980), op. cit, pag. 189

²⁴ Ruy Díaz de Guzmán, La Argentina, con notas de Paul Groussac, *Anales de la Biblioteca*, vol. IX, 1924; *Anales del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata*, Ediciones Comuneros, Asunción, 1980

condiciones del sitio elegido a simple vista eran adecuadas para sus objetivos. Lo concreto es que así se hizo y de allí en adelante tenemos los enormes baches históricos, los interrogantes si ese río era o no el actual Riachuelo, en dónde anclaron y se establecieron, qué pasó y qué no pasó.

IV.

Las crónicas de Ulrico Schmidel y de Ruy Díaz de Guzmán

El primer cronista de la ciudad fue sin duda Utz (Ulrich, Ulrico, Ulderico) Schmidel (Schmidl o Faber) era natural de Straubing, Baviera y nacido a principios del siglo XVI. Muy joven y hallándose en Amberes pasó a Cádiz que era el punto de reunión de la expedición que habría de llevarse a cabo al Río de la Plata y que resonaba por toda Europa buscando mercenarios para contratar. Cuando se embarcó con Pedro de Mendoza, como soldado no tenía en sus planes ser el futuro relator de estos sucesos, pero le tocaría ser uno de los dos militares cronistas del continente junto a Bernal Díaz del Castillo en México. Luego de sobradas peripecias y varios años en estas regiones, regresó a España escoltado por veinte indios guaraníes, se trasladó luego a Amberes por temas personales y religiosos y en donde, ya mayor, se empeñó en dejar por escrito sus memorias²⁵.

Fue testigo y protagonista de los acontecimientos que relata, de eso no hay duda. Para Samuel Lafone Quevedo no era un literato ni pretendía serlo, pero “la misma sencillez de su estilo le da méritos”²⁶; pero ese va a ser precisamente el gran problema: sus juicios son *demasiado* breves y simples, sin hablar de su español lo que genera muchos problemas. Valga de ejemplo si el Pemaw es el Paraná o cualquier otra cosa, lo que puede cambiar las interpretaciones. La versión oficial, la hecha por Edmundo Wemicke y aceptada por la Comisión Oficial traducen sin siquiera darle importancia al hecho. Es evidente que cometió, más allá de errores entendibles y exageraciones lógicas o un poco exaltadas, errores y faltantes. Ya desde el título mismo de la primera edición de 1567 es claro su objetivo: narrar “los peligros, peleas, escaramuzas entre ellos y los nuestros, tanto por mar, como por tierra, ocurridos de una manera extraordinaria, así como de la naturaleza y costumbres horriblemente singulares de los antropófagos que nunca fueron descritas en otras historias o crónicas”. El empeño en resaltar lo pintoresco del paisaje y destacar el aparato bélico y el coraje y fuerza de su tropa llega incluso hasta la exageración.

La primera edición de su *Crónica* se publicó en 1567 en alemán, en una colección de viajes en dos partes, aunque hubo otra versión en latín. El texto alemán fue hecho por Gotardo Arthus, cuya versión insertó Teodoro de Bry en la séptima parte de su *Colección de viajes*, obra

²⁵ Usamos la *Crónica del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil*, Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires 1536-1936, Talleres Peuser, Buenos Aires, 1948; incluye la versión traducida por Edmundo Wemicke, su aparato crítico y todos los estudios alemanes y locales que existían hasta la época; dejamos igualmente sentadas nuestras diferencias en las interpretaciones y traducciones de algunos términos; la versión traducida es la del manuscrito de Stuttgart

²⁶ Sobre el valor de la crónica ver Beatriz Patti, *La instalación de Pedro de Mendoza en el Río de la Plata en 1536: crítica de sus fuentes*, Crítica no. 44, Instituto de Arte Americano, 1993

rara e irreplicable. En 1599 fue incluida en la 4ª parte de la colección de Levinus Hulsius, publicada en Nuremberg, a la que agregó una traducción latina. Fue aquí donde se le añadió por primera vez el retrato del autor con láminas de frutas y animales del Paraguay y dos mapas, primero uno de América del norte y más tarde y en otra edición un plano del sur del continente, ya en 1602. Las ilustraciones que colocó Hulsius, según él estaban en el manuscrito que usó para su edición pero no puede ser demostrado. En Buenos Aires hubo varias ediciones y las sigue habiendo pero la que podemos considerar “oficial” fue en realidad la traducida por Edmundo Wernicke en 1938 y que editó en la Universidad del Litoral en Santa Fe. El tema de la traducción no es menor ya que palabras como “*fleken*” es usada para un villorrio indígena o para la misma Buenos Aires, lo que tampoco es un dato menor.²⁷

El libro en sí es magnífico pese a su parquedad y las exageraciones, pero el problema central en nuestro caso son las ilustraciones que en el imaginario porteño realmente representan la ciudad. Este problema del libro de Schmidel viene desde la edición en la que se incluyeron dos grabados que muestran una ficticia ciudad siendo asediada por los indios, lo que es pura fantasía del dibujante. Y si bien la bibliografía ya ha demostrado que es producto de un grabador alemán que ni siquiera conoció personalmente a Schmidel, jamás vino a América e hizo su trabajo por encargo de un editor, la base de la identificación de la ubicación de la ciudad se sigue haciendo con esas ilustraciones. Un experto en vistas de la ciudad como fue Alejo González Garaño, quien participaría de la Comisión Oficial de 1936 para decidir y estudiar el sitio de fundación, es terminante cuando dijo de ellas que “son producto de la imaginación, reñidos con la verdad”, mostrando que ni la misma Comisión estuvo de acuerdo en el valor de ellas como documento.

La expedición según él mismo “estaba formada por personas calificadas y de categoría social, nobles, hidalgos linajudos, clérigos, escribanos y otros más modestos pero instruidos, como aquel contingente de holandeses que se agregó a la expedición”, obvia decirse que él era parte de esa extraordinaria caterva de “linajudos”²⁸. Fue en realidad un cronista interesante pese a que su relato sucinto del inicio del asentamiento apenas hace referencias concretas a él, describiendo apenas el lugar donde se establecieron los conquistadores. Ni siquiera pudo con el nombre del sitio ya que ni se acordaba de cómo escribir Buenos Aires, lo que además de singular bien puede significar otra cosa, el que éste era un lugar que tenía “buenos aires” (es decir buenos vientos para navegar) y nada más, ni siquiera merecía ser recordado, al menos en sus inicios. Corrigiendo y salvando la ortografía, esto escribió:

“Ahora mandó el don Pedro Mendoza a sus capitanes que se reembarcara a la gente en los navíos y se la pusiera o condujera al otro del río Paraná pues en este lugar la anchura del río no es más ancha que ocho leguas de camino. Allí hemos levantado

²⁷ Ver nota 37, pag. 409, de la edición de 1938

²⁸ E. Madero, *historia del puerto...*, op. cit., (1939)

un asiento, este se ha llamado Buenos Aires; esto, dicho en alemán, es: buen viento. (También) hemos traído desde España sobre los sobredichos catorce navíos setenta y dos caballos y yeguas y han llegado al susodicho asiento de Buenos Aires; ahí hemos encontrado en esta tierra un lugar de indios los cuales se han llamado Querandíes²⁹.

Más adelante en su texto dice en relación con el primer asentamiento de ese Buenos Aires:

“Después que nosotros vinimos de nuevo a nuestro real, se repartió toda la gente: la que era para la guerra se empleó en la guerra; y la que era para el trabajo se empleó en el trabajo. Y ahí mismo se levantó un asiento y una casa fuerte para nuestro capitán general don Pedro Mendoza y un muro de tierra en derredor del asiento de una altura hasta donde uno podía alcanzar con una tizona. (También) este muro era de tres pies de ancho y lo que se levantaba hoy se venía mañana de nuevo al suelo; pues la gente no tenía que comer y se moría de hambre y padecía gran escasez³⁰.”

Al releer la crónica parecería que el envío de tropas a reprimir a los indígenas a cuatro “leguas” se hizo desde el real pero que cosa diferente fue “el asiento y casa fuerte” que se hizo después que regresaran con sus muertos y los alimentos que pudieron saquear. Esta dato no deja de ser importante ya que habla de que hasta ese momento nada se habría hecho. Es sólo después de eso que se habla de la casa de Mendoza, de la muralla y la iglesia. Para el simple y modesto soldado alemán, Mendoza:

“había desplegado un lujo inusitado (...) La cama tenía un gran pabellón, en la pared había un estandarte de la Orden de Santiago y un crucifijo con los dos ladrones a los costados. Sobre las mesas abundaban las vajillas finísimas, los manteles y ropas de todas clases. En las arcas guardábanse otros ornamentos y los ricos trajes del adelantado. Las chozas de los conquistadores, en cambio, eran pobres, pues cada cual no tenía más que las prendas, ya rotas y viejas, traídas de España. Los capitanes de más categoría exhibían un poco más de lujo y en torno de cada choza había unos metros de terreno sembrado con hortalizas de España³¹.”

Este texto es muy interesante en la medida en que nos habla de “chozas” y de una casa para Mendoza –que pudo tener tejas en el techo, lo que resulta lógico-, y que el lujo estaba en los objetos “desplegados” y obviamente traídos desde España y no en riquezas obtenidas en

²⁹ U. Schmidl, Op. cit, p.37 (1948)

³⁰ Ibidem, p. 49.

³¹ Rómulo Zabala y Enrique de Gandía, *Historia de la Ciudad de Buenos Aires*, 2 vols, Municipalidad de la Ciudad, 1936 (reeditada en 1980), Buenos Aires, pag. 144

la conquista ni en una gran obra de arquitectura. Tampoco se indica factor cronológico alguno: ¿esto se hizo desde el inicio, después de la primer derrota o fue el final? Es decir, ¿se fueron haciendo cabañas y a una se la fue mejorando de a poco?, las empalizadas se caían y se estuvo allí casi cinco años. A lo mejor cuando hubo empalizada no había casas o viceversa. Es siempre a partir de allí que Schmidel habla de “asiento” como palabra concreta, que cambia de término en su propio idioma.

Por supuesto que dejó asentado los grandes sufrimientos pasados por los pobladores, los verdaderos y los que pudiéramos considerar inesperados para quienes iban a llenarse de oro: “se llegó al extremo de que los caballos no daban servicio. Fue tal la pena y el desastre del hambre que no bastaron ni ratas ni ratones, víboras ni otras sabandijas; también los zapatos y cueros, todo tuvo que ser comido”³². Para el alemán, al hacer el recuento después del ataque principal de los indígenas, y pesa a que sólo hubo treinta muertos, la población parece haberse reducido a cerca de quinientas personas. Pero a los caballos no se los comieron salvo un caso y fue bien castigado, la caza sólo la hacían algunos encargados de ello, pocos pescaban y nadie, o casi nadie, sembró la tierra. Estas contradicciones se ponen en evidencia en otros párrafos, en especial ante su incapacidad de organizar la defensa:

“era su intención que querían darnos muerte a todos nosotros (los indios), pero Dios el Todopoderoso no les concedió tanta gracia aunque estos susodichos indios quemaron nuestro lugar, pues nuestras casas estaban techadas con paja solo la casa del capitán general estaba cubierta con tejas. Pero de cómo han quemado nuestro lugar y casas quiero comunicar con brevedad y dar a entender. (...). Algunos de los indios llevaban el asalto y los otros tiraban sobre las casas con flechas encendidas para que nosotros no pudiéramos tener tanto tiempo que hubiésemos podido salvar nuestras casas. (...) A esto quemaron también cuatro navíos grandes, pues estos navíos estaban surtos hasta a media legua de nuestro asiento de Buenos Aires; pues estos navíos no tenían sobre ellos ninguna artillería; (también) la gente que estaba sobre estos cuatro navíos, cuando vio tan gran multitud de indios, huyó hacia otros tres navíos que estaban surtos cerca a su lado”³³.

En síntesis, eran buenos en la agresión pero débiles en la protección. Para defender la población, ya que ni en los barcos estaban realmente a salvo, se inició la construcción de un parapeto de adobe, que según la expresión de Schmidel había que rehacerlo constantemente si querían hacerlo inaccesible a los ataques de los indios de la comarca o la entrada de animales. Es evidente que como protección no fue demasiado eficiente. Para algunos historiadores es

³² Ibidem, p. 49.

³³ U. Schmidel, op. cit. (1948), pp. 61 y 63, el uso de la palabra “legua” es una traducción discutible, casi inaceptable

posible que se hubiera señalado un solar con destino a plaza pública, donde por medio de pregones eran dadas a conocer las disposiciones del adelantado, pero en el mejor de los casos era un terreno vacío. Como otra obra de arquitectura durante el gobierno de Francisco Ruiz Galán, se construyó una pequeña iglesia –capilla diríamos hoy-, bajo la advocación del Espíritu Santo, armada con el maderamen del galeón Santa Catalina³⁴, la que fue destruida dos veces por el agua, otros hablan de tres y hasta cuatro iglesias, algunas a las que se les quemaron los techos de paja. Esto es buen indicador de lo endeble de todo ese asentamiento; si fueron aguas de lluvia o la creciente del Riachuelo lo que destruía las capillas es un tema que dejaremos para más adelante. Pero por supuesto el tema central es la ubicación exacta del lugar. Para la mayoría de los que escribieron, para el imaginario colectivo y para la versión oficial, fue el la parte superior de la gran terraza donde está Buenos Aires hoy, para muy pocos fue en los terrenos bajos del Riachuelo. Y eso pese a que uno de los sobrevivientes de la expedición y que luego acompañó a Garay, el capitán Antonio Thomas le dijo que el sitio elegido por Mendoza no era conveniente.

Obviamente de la observación de las láminas realizadas por Schmidel nada podemos obtener aunque coloque su ciudad a un lado del Río de la Plata o Paraná que usa como sinónimos, ya que son imaginarias. Lo mismo sucede con la distancia a los barcos, ya que las unidades de medida antiguas son no sólo discutibles sino tomadas a ojo; si él habla de millas (traducida como “leguas”, cosa muy diferente) nadie puede pensar que las medidas las habían medido con teodolito, era una mera apreciación visual. En un estudio reciente se sostiene que “Otro escollo para el análisis lo constituye la variedad de los sistemas de medidas itinerantes empleadas en el período para fijar distancias (...). En el texto original se indican las distancias en millas. Pero el valor de la milla en la Germania del siglo XVI no era único, existían onacetipos de milla. Y la dificultad no acaba en esto, ya que si se trabaja con la traducción castellana de Samuel Lafone Quevedo encontramos que la indicación en millas ha sido reemplazada por leguas, y no son por cierto medidas homologables”³⁵.

Lo interesante es que sus láminas, pese a ser imaginarias, hay libros dedicados a interpretar e incluso a “completar” dichos grabados³⁶. Pensemos que en ellas se ve un recinto guarnecido por una sólida muralla, casas de tradición europea –incluida una de dos pisos-, una costa sin barranca pero con colinas y otros detalles que no eran producto de Schmidel, quien conoció demasiado bien la región, su flora y fauna; incluso las olas del río que llegan casi los pies de la muralla sobre la costa son imposibles en el Riachuelo. La vegetación aparece como un páramo cuando posiblemente haya sido del tipo delta, como lo fue la entrada del Riachuelo hasta inicios del siglo XX y hasta hay fotos de ello. A todas luces son irreales y, si bien es

³⁴ José Torre Revello, *La fundación y despoblación de Buenos Aires (1536-1541)*, Librería Cervantes, 1937, Buenos Aires

³⁵ B. Patti, op. cit, (1993)

³⁶ Juan José Nágera, *Puntas de Santa María del Buen Aire*, Municipalidad de la Ciudad, Cuadernos n° 4, Buenos Aires, 2ª. Edición, 1947

posible encontrar algunas similitudes con la zona –con esa y con cualquier otra similar-, se debe tener claro que éstas pueden ser casuales o resultado de que el grabador leyó el manuscrito antes de dibujar, o bien por haber forzado a grados extremos nuestras ideas acerca de cómo debió haber sido el sitio. Cuando Martínez de Irala quiere volver a Buenos Aires desde Asunción a rescatar la gente que allí había quedado, el alemán dice que eran sólo ciento sesenta.

Sobre estos acontecimientos que relata Schmidel se ha recopilado una vasta documentación hasta la fecha, aunque ciertamente ésta se ve dificultada no sólo por sus deficiencias internas sino también por las diferentes lecturas que los autores modernos han hecho. En realidad, los datos concretos aportados por los cronistas de la época son pocos y los accidentes físicos son obviados con excepción a las menciones del riacho y la barranca. No queda duda de la presencia de “un riachuelo que allí sale” como dijo Ruy Díaz, o de la barranca a la que subían, o de que hubo al parecer un puerto y un “real” o asentamiento separados – aunque se desconoce la distancia entre uno y otro, si es que siquiera la hubo-, ya que Ruy Díaz de Guzmán sólo habla del riacho “del cual media legua arriba fundó una población que puso por nombre Santa María”, en una frase que, como veremos luego, puede ser apócrifa. Hernando de Montalvo escribió “Buenos Aires tiene un muy buen puerto, que es un riachuelo”, e incluso Cabeza de Vaca ubicó “la entrada del puerto justo donde estaba asentado el pueblo”.

Como vemos todas estas son referencias muy discutibles en una naturaleza profundamente transformada como es la de esa región. Estas imprecisiones son las que permitieron considerar desde el siglo XIX como lugares más probables los terrenos que van desde el actual Riachuelo, cuya entrada no es la que había en el siglo XVI, a la zona de la actual Plaza de Mayo, es decir la parte superior de la barranca. Muy pocos se animaron a ubicarla en otros sitios y hasta ahora nadie encontró materiales arqueológicos que pudieran probar una u otra hipótesis. Lamentamos que Schmidel no nos haya dejado algunos datos concretos más.

El otro cronista muy usado, y con buenos motivos, ha sido Ruy Díaz de Guzmán. Este no fue partícipe de la expedición de Mendoza pero vivió en Paraguay poco más tarde, a inicios del siglo XVII, debe haber conocido en persona a muchos de los que sí habían estado en estas latitudes, además de haber hecho una lectura de textos que ya circulaban, éditos e inéditos, en ese entonces. Su libro ha sido considerado la primer historia de la Argentina en el sentido de un texto que intenta dar a luz los acontecimientos del pasado, del que él no formó parte interesada, en otra región y usando bibliografía para narrar esos eventos en una secuencia temporal. Por supuesto la crítica actual no sólo le ha encontrado errores y confusiones, son también olvidos intencionales en relación con algunos personajes. Si bien el nombre del libro era Anales del descubrimiento, población y conquista del río de la Plata, fue desde el principio conocido como “La Argentina”, a similitud de poema de Del Barco Centenera.

El problema central en esta crónica es que no existe la versión original; hay hoy posiblemente veinte copias antiguas manuscritas³⁷, que presentan pequeñas diferencias entre sí, sea por error, corrección o alteración, éstas son a veces cruciales para Buenos Aires. El que en al menos un caso se haya agregado que el poblado estaba a “media legua”, es un tema importante .ya que si es un agregado ulterior destruiría muchas interpretaciones posteriores. Si uno de los pocos que ha dado una distancia concreta para localizar el poblado, en realidad no lo hizo, eso sí es importante. Por otra parte, siempre debemos tener presente que Ruy Díaz, por más fidedigno que pensemos que fue, habla de oídas, es una fuente secundaria.

La primera edición fue hecha por Pedro de Angelis en 1835, luego hubo otra en Asunción en 1845, Mariano Pelliza lo hizo en Buenos Aires en 1910 y la primera realmente crítica fue de Paul Groussac en 1914. Desde ese entonces ha habido docenas de ellas de diferente valor y calidad, partiendo de diferentes versiones manuscritas³⁸.

En el texto mismo, y al margen de la originalidad o no de algunas frases, Ruy Díaz escribió que “Determinó luego don Pedro hacer allí asiento, y al efecto mandó a aquella parte toda la gente (...) se fue con los restantes al de Buenos Aires, metiendo los más pequeños en el riachuelo, del cual media legua arriba fundó una población, , que puso por nombre la ciudad de Santa María, el año de 1536, donde hizo un fuerte de tapias de poco más de un solar en cuadro”³⁹. Pese a ser nuestro primer historiador, los datos son muy escuetos, pero lo complejo, ya lo dijimos, es comparar esto con otras ediciones provenientes de otros manuscritos; por ejemplo el de Asunción donde lo que se lee es bastante diferente. La última parte del párrafo citado sería “pasó a los demás entrándolos a aquel riachuelo, que allí sale, de que antes he hecho mención y cerca de él hizo un fuerte con nombre de Santa María el año de 1536; hízose el fuerte de tapias en poco más de un solar de terreno”⁴⁰.

³⁷ Miguel Guerín, Ediciones y manuscritos de la Historia de Ruy Díaz de Guzmán, en: *Anales del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata*, Ediciones Comuneros, pp. 29-48, Asunción, 1980

³⁸ Para las citas uso la versión con estudio preliminar de Enrique de Gandía: Ruy Díaz de Guzmán, *La Argentina*, Librería Huemul, Buenos Aires, 1974

³⁹ Ruy Díaz de Guzmán, *Anales del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata*, Ediciones Comuneros, Asunción, 1980

⁴⁰ Idem, pag. 102

V.

Los estudios históricos y el debate historiográfico

“El adentrarnos en el material documental de la época y efectuarle las preguntas que interesan a esta investigación, trae consigo la condición de superar algunos obstáculos. La comprensión de documentos, memorias y textos literarios de los siglos XVI y XVII implica un cierto grado de dificultad, que exige la consideración de varias cuestiones en forma simultánea puesto que pueden derivar en interpretaciones vagas, ambiguas o erróneas. Sus autores hacen uso de una lengua y una sintaxis que han sufrido sucesivas mutaciones en el transcurso de estos cuatro siglos, y emplean términos con significados precisos de acuerdo a convenciones propias de su marco temporal y cultural. Las descripciones están pobladas de adjetivos, calificaciones, y asimismo, indicaciones – norte; sur; arriba; abajo; que permiten albergar dudas sobre la coincidencia entre las convenciones actuales y los esquemas que entonces se manejaban”⁴¹.

Este párrafo de Beatriz Patti, quien ha efectuado un concienzudo estudio de tan vasta recopilación documental analizando desde las fuentes primarias del siglo XVI, hasta la comparación de los hechos interpretado por los historiadores de los siglos XIX y XX, nos ubica de entrada en el problema complejo que implica discutir lo que otros quisieron decir y no dijeron, o que lo hicieron de manera hiperbólica o entre frases. Ya lo hemos discutido y mostrado con el caso de Schmidel y se repite en cada frase de cada texto, es un tema inherente al quehacer histórico mismo. Es por eso, por la falta absoluta de datos específicos, que se acrecienta en el caso de Buenos Aires, que el tema ha suscitado polémicas que remiten desde hace más de un siglo a esa enorme bibliografía una y otra vez. Desde el siglo XIX se han escrito cientos de libros y artículos de la más diversa índole y calidad y por cierto cualquier idea que queramos sostener, habrá alguien antes que asevere lo mismo o lo niegue.

Pero de todas formas es posible establecer algunas ideas que permiten definir las hipótesis existentes y su grado de factibilidad y a la vez despejar en buena medida lo que realmente sabemos de lo que es mera suposición historiográfica.

De 1836 es la primera edición local del viaje de Schmidel, al igual que la de Ruy Díaz, correspondientes con la presentación de las *Notas biográficas* de Pedro de Angelis

⁴¹ Beatriz Patti, *La instalación de Pedro de Mendoza...*, op. cit, 1993

incluidas en el tomo tercero de la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. Posteriormente, en 1887⁴² Mariano A. Pelliza realizó una nueva edición comparando las noticias de Schmidel con las de Ruy Díaz, mencionando además nuevas fuentes en especial el informe de Irala enviado a Carlos V por el soldado alemán y la *Memoria* de Pero Hernández. Su postura era que se habían establecido “sobre las barrancas” en “un perímetro que no pasaba de la calle Cerrito hasta las caídas del Riachuelo”, lo que indica una amplia zona en la cual no podía dar mayores precisiones⁴³.

Siguieron luego las *Notas bibliográficas y biográficas* realizadas por Bartolomé Mitre a la edición de los *Anales del Museo* de La Plata dirigidos por Francisco P. Moreno en 1910 en donde por primera vez se valoran las fuentes relacionadas con ese códice. En 1903 apareció el *Viaje al Río de la Plata*, producto del ensayo monográfico realizado por Samuel A. Lafone Quevedo quien al redactar el Prólogo, abordó un estudio crítico de la conquista y colonización relacionada con la expedición de Pedro de Mendoza⁴⁴.

En ese tiempo, los historiadores interesados en descubrir la historia de la ciudad se preocuparon entre tantas cosas también por responder al interrogante de dónde estuvo ubicada la primera ciudad de Buenos Aires, muchas veces desde una mirada más curiosa que académica; y quizás por eso fue parte de una polémica entre eruditos entre los cuales se destacó Paul Groussac con sus excelentes biografías de Pedro de Mendoza y Juan de Garay⁴⁵, pero ése fue límite de la inquietud, plantear hipótesis diferentes. Las diversas propuestas fueron preanunciando la necesidad de declarar un sitio para el real asentamiento, se destacan la de Eduardo Madero en 1892, Aníbal Cardoso en 1911 y 1915, y el citado Paul Groussac en 1916, al menos para nuestras hipótesis.

Quizás más como primer revolver de papeles e historiador de este tema que como curioso, debemos recordar a José Joaquín Araujo, que usaba el seudónimo de Patricio de Buenos Aires y escribía en el *Telégrafo Mercantil* –más tarde hubo un facsimilar de la Junta de Historia y Numismática Americana-, quien si bien repite algunos errores de la época y heredados de los cronistas y de Schmidel es el primero que cita al olvidado padre Juan Pastor, cuyo manuscrito perdido debió ser crucial por lo poco que conocemos. Si bien él reproduce varios pasajes completos, Pastor es de los que dicen que sí puso a los capitulares en funciones, entre otros temas; su desaparición es de lamentar. Pocos años más tarde, en 1836, Pedro de Angelis hizo su célebre compilación de documentos históricos, entre los cuales publicó a Schmidel, Del Barco Centenera y a Ruiz Díaz de Guzmán entre tantos otros. No sentó postura

⁴² Mariano Pelliza, *La crónica de Buenos Aires, en: Censo General de Población, Edificación, Comercio e Industrial de la Ciudad* (1887), pp. 5-56, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco, Buenos Aires, 1889

⁴³ Idem, pag. 6

⁴⁴ Luego aparecieron los estudios realizados por Roberto Lehmann-Nitsche sobre los manuscritos del diario de Schmidel

⁴⁵ P. Groussac, *Mendoza y Garay...* (1916), op. cit.

ni interpretó esos textos, lo que es de lamentar en cierta medida, pero hizo accesibles documentos para la historia de valor único y que nadie más hubiera compilado y publicado.

Recién a finales del siglo XIX, cuando el campo de la historia estaba establecido y el país necesitaba construir una historia nacional firme, institucional, comienzan a surgir los estudios que analizan los papeles antiguos y, al interpretarlos, toman posturas sobre lo que nos interesa: dónde se estableció esa Buenos Aires. Quizás el primero de esta nueva serie fue Mariano Pelliza en 1887, al hacer una historia de la ciudad que acompañaba el censo de población; allí escribió que: “aquella población se fundó en los terrenos bajos de la margen del Riachuelo de los Navíos, cuyo cauce se extendía hasta el frente de la parte sur de la ciudad”, basado en la declaración que el teniente gobernador Francisco Ruiz Galán hiciera en 1538.

Unos años más tarde Eduardo Madero publicó, en 1892, el primer libro que podemos considerar como una obra de peso sobre el tema⁴⁶. No era casual, era el que impulsaba y dirigía el puerto mismo, obra que lo llenaría de escándalos, fama, dinero e insultos, ya que fue además del primer gran negociado nacional, un rotundo fracaso y antes de terminarlo ya se había iniciado el Puerto Nuevo bajo las ideas de Huergo. Pero al margen de eso, hizo una compilación de gran tamaño sobre el lugar en la que le dedica muy pocas páginas al sitio material de la población, aceptando la idea de que fue en el bajo del Riachuelo. Usa como argumentos el que las iglesias jamás se las pudo llevar la correntada si hubieran estado en lo alto, una descripción posterior que indica que la ciudad de Garay estaba en la meseta precisamente para evitar los problemas de Mendoza y poco más⁴⁷. Resulta interesante que haya asumido una postura muy concreta, en forma parca y quizás poniendo en evidencia de la obviedad del asunto. Sí es de lamentar que cuando se encontraron restos de barcos y otros objetos en los trabajos del puerto, no los haya descrito ni incluido en su obra.

Desde ese libro hasta 1911 nadie volvió sobre el tema; fue ahí cuando hubo un nuevo estudio, muy cuidadoso, hecho por un historiador y naturalista de categoría, Aníbal Cardoso⁴⁸, quien señaló en base a sus suposiciones, aunque basado en sus amplísimos conocimientos, como sitio fundacional una zona alta frente al Río de la Plata ubicada en la orilla izquierda del antiguo Zanjón de Granados también llamado arroyo Tercero del Sur, en lo que hoy es el sector delimitado por las calles Chile, Perú, Balcarce, México, Independencia y Defensa. La idea no tenía soporte serio ya que el Tercero nunca fue un río ni tuvo siquiera la profundidad o la cantidad de agua necesaria para que entre barco alguno, ni un bote siquiera. Si bien en este error caerían otros investigadores en el futuro, dejó bien establecida la hipótesis más fuerte en la historiografía, la de que el asentamiento estaba en la parte alta de la barranca y alejada del

⁴⁶ Eduardo Madero, *Historia del puerto de Buenos Aires*, edición del autor, Buenos Aires, 1892; usamos para comodidad la publicada por Ediciones Buenos Aires en 1939

⁴⁷ Idem, pags. 146-147

⁴⁸ A. Cardoso, *Buenos Aires...* (1911), op. cit.

puerto, en este caso siguiendo las distancias hacia el norte que daba Ruy Díaz de Guzmán, y aceptando la separación entre puerto y real. No deja de ser interesante que el mismo Cardoso miró el cauce antiguo del Riachuelo como una posibilidad, entendiéndolo como un canal entre los bancos e islas de un delta en ese entonces en desaparición, que creía alimentado y trabajado no por las aguas del mismo Riachuelo sino por las mareas y corrientes del Río de la Plata, cuyo constante desnivel se notaba dentro de la dársena sur y los diques del nuevo puerto creado en 1882. En 1915 volvió a reafirmar su idea en base a un estudio aun mayor.

Vale la pena detenerse en este autor ya que usó una variada gama de informaciones, aunque su sistema crítico fue de por sí endeble. Parte de asumir que el Riachuelo no corría bajo la barranca y que eso es sólo un error cartográfico, que la Boca del Trajinista existió siempre, que el valle del Riachuelo era inundable y que la calidad de los conquistadores impedía pensar que pudieran cometer un error de ese tipo, por lo que apoya la idea de que se establecieron en la meseta. Su publicación es un fuerte ataque a Madero y a quienes pensaban en el uso de las tierras bajas, aunque si acepta que Mendoza, en sus inicios, usó esa zona para puerto, el real sí fue hecho en la parte alta. Hace uso de información geológica, histórica, arqueológica, documental y la observación directa del sitio, pero a la hora de tomar decisiones se adhiere a cosas como la siguiente: sabemos que la fecha exacta de llegada a estas tierras de Mendoza no la sabemos, sólo la inferimos en forma aproximada, pero él escribe que “el señor Lafone se extiende en consideraciones de orden religioso y que debieron influir en el ánimo de los conquistadores para la fundación de la ciudad de Buenos Aires. Estas cuestiones en que él está versado, son suficientes para llevar la fecha de la fundación a la que él indica (3 de febrero, día de San Blas). Varios miembros hacen la moción para que se cierre el debate y, suficientemente apoyada, se aprueba”. Es decir: la fecha de fundación, si siquiera fue fundada, se decide por votación porque un santo era más propicio que otro para cruzar el río y entrar al Riachuelo.

Esto es lo que le quita seriedad a un estudio realmente modelo para su tiempo. En sus conclusiones, que muchas son muy razonables, la primera es absurda: es decir que “la capacidad intelectual de los conquistadores, guerreros y marinos de noble alcurnia, nacidos y criados en ciudades y puertos de mar y conocedores de los efectos de las mareas y crecientes de los ríos. Todos los historiadores están contestes en que los hombres de la expedición de Mendoza, fueron de lo más capaz, distinguido e ilustre entre los conquistadores de Indias”⁴⁹: para completarlo aclara que ese tipo de errores sí los podía haber cometido “un Pizarro” que era hijo de un porquerizo, no un Mendoza. La ubicación se resolvía por las clases sociales y cultura de sus personajes.

Muchos creyeron, como también él, que el sitio para fundar Buenos Aires debía reunir todos los requisitos señalados por las *Ordenanzas de Poblaciones* de 1523, en las que se

⁴⁹ Idem, pag. 369

fijaban con toda claridad las condiciones y seguridades que debían tener los terrenos en donde se intentase levantar población. Estas referían a un modelo teórico básico donde se aclaraba que “cuando hagan la planta del lugar, repártanlo por sus plazas, calles y solares a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor, y sacando desde ella calles a las puertas y caminos principales y dejando tanto compás abierto que aunque la población vaya en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma”. La gran pregunta es si siquiera alguien se acordó de eso en ese momento y circunstancias.

Sin duda, las investigaciones realizadas por Cardoso fueron las más amplias y completas de su época, incluyendo estudios geográficos, ecológicos, fisiográficos, históricos y geológicos. Esta idea se encuadra con otras que veremos más adelante, y fue el primer intento serio de dar una ubicación concreta aunando el manejo de las fuentes documentales a otras alternativas y de ahí su importancia. No hace falta decir que esa es la zona más excavada arqueológicamente de la ciudad y nada ha mostrado en tantos años de investigación. Poco más tarde, en 1915, Cardoso publicó una extensa historia de la cuenca del Plata⁵⁰ donde vuelve a lo mismo aun con más fuerza u convencimiento, haciendo mucho hincapié en la idea de que la entrada al Riachuelo no era por un canal frente a la ciudad que luego se cegó, sino que siempre existió la entrada frontal.

El historiador Paul Groussac⁵¹ será quien en 1916 establezca con toda precisión una idea que, si bien no totalmente nueva, resultaba interesante por diversos motivos: planteaba que los navegantes buscaron un lugar muy seguro en el Riachuelo “media legua arriba” siguiendo a Ruy Díaz -ya dijimos que es una frase que posiblemente no sea propia sino agregada a un manuscrito-, y que ese lugar sería la vuelta de Rocha. Antiguamente, según él, había en ese meandro un segundo brazo que daría la protección necesaria para fundar un pequeño asentamiento sin alejarse de las naves, aunque resultara “fofo y anegadizo del suelo”, cosa que también es discutible. Ese sitio lo ubica exactamente, según los nombres actuales, entre las calles Pedro de Mendoza, Palos, Lamadrid y A. Brown. Sus palabras exactas fueron “Es sabido que el Riachuelo de los Navíos al llegar a la Vuelta de Rocha se dividía en dos brazos, el menor de los cuales, el único hoy, seguía su anterior dirección al este-nordeste, hasta perderse en el estuario; mientras el brazo principal enderezaba al norte, casi paralelo a la playa del Río (de la Plata), hasta la actual de Estados Unidos-Carlos Calvo (...). Contada desde esta entrada la media legua de referencia, se da precisamente con la mencionada Vuelta de Rocha, viniendo así a confirmarse la presunción que la sola vista de dicho punto sugiere”⁵².

⁵⁰ A. Cardoso, *El Río de la Plata desde...* (1915), op. cit.

⁵¹ Paul Groussac, *Mendoza y Garay...* (1916), op. cit.

⁵² Idem, pag. 191

En síntesis lo que Groussac hacía era medir la media legua de Ruy Díaz desde la entrada antigua del Riachuelo y colocar allí, por supuesto sobre la orilla misma y del lado de la Capital, jamás en la provincia. Por supuesto comete una serie de suposiciones poco sostenibles, que en general parten de la suposición que la geografía local siempre ha sido igual o peor y que el suelo era fofo y siempre inundado, deduce incluso forma y tamaño “de otras construcciones análogas” de las que nada sabemos e incluso de qué maderas era la estacada. Habla Groussac de que alrededor de la casa de Mendoza, de la que aclara que muchos la llamaron “la choza del Adelantado” para reducirle categoría, hubo “el centenar de habitaciones grandes o chicas, capaces para toda la gente”, además de las construcciones destinadas a iglesias (fueron varias), depósitos y almacenes⁵³. Es evidente que la imaginación de autor se había desbordado –valga la palabra para marineros-, incluso demasiado.

Otro aporte interesante y muy poco recordado, si siquiera lo ha sido, es del historiador militar Antonio Romero, un hombre que no participaba más que lateralmente del mundo académico pero dejó algunas pocas contribuciones de destacar, entre ellas el iniciar el estudio del aporte de la cultura material. En 1928 publicó un artículo que, aunque bajo otro nombre y tema, incluía un extenso estudio sobre *La expedición de Don Pedro de Mendoza*⁵⁴. En él hizo una fuerte crítica a Madero en cuanto a la posibilidad de que la primera Buenos Aires haya estado en el bajo del Riachuelo, repite la desaparecida *Descripción de la ciudad y virreinato* por él citada que destaca que el sitio era abajo y la segunda fundación fue arriba, critica también a Groussac y su sitio en la Vuelta de Rocha y asume una postura diferente: el asentamiento fue muy grande ya que “la manía de empequeñecer todo lo relativo a la conquista, le hace discurrir en forma tal que lleva al extremo de construir en un pantano su efímera población; algo así como un criadero de ranas. ¡Mil hombres metidos en un pantano de una cuadra!”. El asume que quien tiene razón es Pelliza y, cosa bastante inusitada, entiende que el cambio geológico y geográfico han sido muy fuertes: “los que piensan que la topografía actual o la existente de 50 años atrás se acomoda a aquella época, incurren en un error”; su postura es que estuvo en la parte alta, cerca del borde, aunque las iglesias y algunas otras construcciones pudieron estar en el bajo, aunque él asume que en la entrada del Riachuelo donde pegaba la primera curva tras el antiguo recorrido frente a la ciudad.

Pero el gran aporte de Romero es que fue el primero en considerar lo que llama “Hallazgos arqueológicos”; estos son los restos de dos barcos, amas y otros elementos que Eduardo Madero había recobrado al excavar el puerto, en Dársena Norte y en el Dique 3. hace un estudio detallado de cada objeto que tuvo a su disposición, critica el que muchos otras ya hubieran desaparecido, el que nadie tomó siquiera una foto; incluso describió el contexto

⁵³ Idem, pag. 193

⁵⁴ Antonio A. Romero, Un fuerte desconocido por los historiadores de Buenos Aires, *Actas del Congreso Internacional de Americanistas*, vol. I, pp. 633-663, Establecimiento Tipográfico R. Carroni, Roma, 1928; el texto fue presentado en 1926

geológico de cada hallazgo. Era un tipo de estudio que, de haberse continuado, hubiera dado excelentes resultados ya que la ciudad aun conservaba una escala razonable y sin grandes obras – el puerto era quizás la primera de esa escala- y la posibilidad de preocuparse por hallazgos materiales como elementos de prueba, marcaba un camino absolutamente alternativo.

En 1935 un nuevo personaje asomaría en escena, Félix Outes, antropólogo, etnohistoriador y persona que parece que era de carácter muy complejo y casi no participaba de la corporación histórica académica; él tendrá varias ideas geniales:

- para cualquier conclusión primero había que entender la topografía del siglo XVI
- había que conocer bien el valle del Riachuelo antiguamente (entrada, fondeaderos, cauce, anegamientos, etc)
- que el valle del Riachuelo ha variado con el tiempo
- había que reconstruir el recorrido original del Riachuelo para ubicar en el sitio fundacional

En su estudio reconstruye la entrada original frente al fuerte, la secuencia de los pozos o fondeaderos, la protección que daba la barra o isla frente al río, y decía “es menester conocer íntimamente las modificaciones de la topografía de las tierras bajas del valle del Riachuelo durante los siglos XVII y XVIII, las vicisitudes del cauce y desembocadura de este histórico curso de agua: las modificaciones de los primitivos fondeaderos y la razón de ser de su anegamiento, como la planimetría correlativa de todas las épocas” y seguía, tratando de ubicar el lugar: “aquel amplio meandro como otros semejantes que ofrece el río de la Matanza en su curso inferior que se continúa dentro de la planta urbana como Riachuelo, son viejísimos y posteriores al momento en que dicho curso de agua reabrió su perfil de equilibrio y estabilizó su nivel de base (...) y como lo evidencia la estratigrafía de los sedimentos acumulados en el valle del río, su estructura y la ausencia de rastros de meandros divagantes en la región más próxima a la desembocadura”. De todas formas Outes sí aceptó, aunque en realidad en una nota corta previa a su estudio mayor, que el real o asentamiento estaba en la parte alta aunque el fondeadero y primer sitio fue el ya descrito en la Boca. Su aceptación del cambio del territorio era poca, casi nula por cierto, a la hora de interpretar los documentos.

En 1936 y durante la intendencia de Mariano de Vedia y Mitre se formó, como dijimos, una Comisión Oficial para celebrar el quinto centenario de la llegada de Mendoza, posiblemente por influencia de Outes sobre De Vedia⁵⁵. Si bien en el capítulo siguiente analizamos en detalle estos estudios, los más amplios jamás hechos en el país sobre la primer Buenos Aires, quisiera adelantar que el mentor intelectual era un joven llamado Enrique de Gandía, gran investigador de la nueva escuela de Ravnani, con una enorme capacidad para

⁵⁵ Lo dejó sentado Mariano de Vedia y Mitre en su libro, *Pedro de Mendoza...*, op. cit, (1980)

manejar papeles y documentos antiguos y quien fue el adalid, en estos y por los siguientes cincuenta años, de una nueva hipótesis: Parque Lezama. La subcomisión que tuvo a su cargo la determinación del sitio estuvo formada por De Vedia, Levene (que la presidió), Torre Revello, De Gandía y Ravignani. Según como se leyeron los cronistas, el sitio, o al menos su entorno inmediato, parecía ser perfecto, además de que no había sido destruido y era factible allí hacer homenajes y colocar monumentos, lo que era importante para el municipio.

La obra por ellos editada en cinco grandes tomos y otro posterior aun más imponente, fue tan monumental que difícilmente alguien pudiera discutirlos⁵⁶, pese a que la Comisión firmó en disenso, tuvo sus bajas y renunciaciones. Pero desde ese año el parque quedó, indiscutiblemente, establecido como sitio fundacional; poco antes de editar sus grandes libros una nota en los diarios lo ubicaba “entre el actual parque Lezama y algunas cuadras más hacia el norte, con mucha probabilidad en el punto más alto” mostrando que la zona aun era amplia y no se reducía a un área tan pequeña como el parque. Esta comisión y sus conclusiones tuvieron varios libros contemporáneos, los varios de Enrique de Gandía y uno de José Torre Revello fueron los más significativos; y póstumamente el del propio intendente, Mariano de Vedia y Mitre, editado recién en 1980. Juan José Nágera hizo otro pero que en realidad no se editó hasta mucho más tarde, pese a que en notas de diario lo anunció ampliamente y adelantó sus conclusiones. Resulta imposible citar a todos los que escribieron en esa oportunidad pero desde todos los ángulos de la historia hubo libros, artículos, notas en los diarios y prácticamente todos los que participaron en la Comisión Oficial hicieron todo lo que estuvo a su alcance por difundir el tema; pocas veces la historiografía porteña vio tanto escrito sobre tan poco.

Uno de los más difundidos fue el libro de Torre Revello, quien participó muy activamente en la Comisión Oficial de 1936, es de difusión, no tiene citas al pie, y en forma ligera y amena relata las peripecias de la expedición y el poblamiento de esta zona, aunque asumiendo hipótesis como verdades absolutas, al grado que es casi imposible leerlo ahora, ya que no hay límites entre lo que realmente dicen los documentos y lo que él deduce de ellos o de otros. En forma aunada entre las ideas de Cardoso y las de De Gandía, entiende que esos “magníficos caballeros”, de “majestuoso porte”, jamás hubieran hecho una ciudad en tierras bajas, sumándose a Parque Lezama como ubicación⁵⁷. De Vedia y Mitre hizo en cambio un gran volumen que reseña toda la historia, las polémicas y sostenía finalmente una actitud poco definida, aceptando por un lado un asentamiento primero en la orilla y luego el poblado principal sobre la lomada. Es un libro importante, le da a Outes la primacía en haber iniciado en 1935 todo el movimiento que culminó en la Comisión Oficial, aunque a lo dejaron fuera por sus ideas y es un buen resumen tradicional aunque sin nuevas ideas al respecto.

⁵⁶ Comisión Oficial, op. cit. (1941)

⁵⁷ José Torre Revello, *La fundación y despoblación...*, op. cit. (1937); La expedición de Don Pedro de Mendoza y la fundación de Buenos Aires, *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Tomo CXXIII, 1936

También en 1936 se difundió un importante documento escrito por Antonio Rodríguez, dado a conocer por el jesuita brasilero Serafín Leite en Madrid⁵⁸. Rodríguez, participante de la expedición de Mendoza, escribió también tardíamente una vez convertido como religioso católico en Brasil, sobre las costumbres disolutas de la tropa, aunque sin especificar a nadie: “Y es que yo y otros portugueses así por vanidad como por codicia de oro y plata en el año 1523 (¿?) partimos de Sevilla en una armada que hacía don Pero de Mendoza en la cual éramos 1800 hombres y todos cargados de nuestra codicia llegamos con próspero viento al Río de la Plata y entramos por el río con las naves 60 leguas. Luego quisieran salir en tierra todos para edificar una ciudad y los primeros seis que salieron para ver el lugar donde se podía hacer matáronlos las onzas bravas. Ni por eso se dejó de edificar aunque cada día las onzas mataban hombres. Luego N. S. por castigar nuestra codicia y pecados, que soldados comunmente hacen (¿sodomía?), permitió venir tal hambre al real que no daba a comer a cada uno cada día, sino 6 onzas de pan. Y porque la gente por esta causa con la flaqueza no podía trabajar era muy castigada de los oficiales de la orden de la guerra porque les daban de palos y así morían cada día cuatro o cinco”. Esto resulta muy interesante y explica el porque casi nadie lo tomó en consideración: era portugués, criticó a los españoles y a los militares, no les vio grandeza alguna sino sus pecados, señaló bien que los oficiales maltrataban a la tropa hasta matarlos a palos para obligarlos a trabajar y que finalmente se fueron “dejando la ciudad sepultura de muertos”. La historia, aunque más corta, no es diferente de la de Schmidel, aunque posiblemente más realista y si bien no aporta nada para ubicar el sitio, la frase de que quedaron los cadáveres allí sí es muy significativa para la arqueología”.

El peso historiográfico del planteo oficial, que en última instancia no se contradecía demasiado con lo dicho por Cardoso (ambos estaban arriba de la barranca y en la zona sur), tuvo apoyos muy fuertes fuera de la especificidad histórica: el geólogo Juan José Nágera⁵⁹, en una serie de estudios de ese mismo año 1936, intentó forzosamente volver a leer los grabados del libro de Schmidel para demostrar que el sitio era el Tercero del Sur; no le importó que los dibujos hubieran sido hechos por alguien que no conoció al autor ni vivió en la misma época que sólo hizo fantasías en función del texto. Nágera se tomó la libertad de hacerle agregados al dibujo del libro de Schmidel, diciendo que el autor no lo había hecho ¡completo! Es decir, pese a la obvia falta de cientificidad, al menos de esa parte del libro, el Municipio porteño lo reeditó dos veces y fue usado por más de medio siglo como prueba científica indiscutida. Y la verdad es que el libro, salvo por esto, es de lo mejor que jamás se hizo por ubicar el sitio al usar evidencias geológicas y no históricas; pero esa contradicción, la que fue su gran aporte por

⁵⁸ Serafim Leite, Un cronista desconocido de la conquista del Río de la Plata: Antonio Rodríguez (1535-1553), XXVI Congreso Internacional de Americanistas, vol. II, pp. 168-180, 1935, Madrid; también en *La Prensa*, 19 de septiembre 1937, 2ª. sección

⁵⁹ J. J. Nágera, Lugar de la fundación de Buenos Aires por Mendoza, *La Nación*, 8 de enero 1936 y *Puntas de Santa María...* (1947), op. cit.

cierto, pasó desapercibida. Este pequeño libro es hoy una herramienta importante ya que su hipótesis de que la explicación es más geológica que documental, sigue en pie para nosotros.

En 1955 hubo una novedad, un libro de Guillermo Madero⁶⁰, muchas veces confundido con su predecesor Eduardo Madero aunque su libro realmente es de mucho menor categoría, que se centró en las declaraciones de Francisco Ruiz Galán quien hizo, en 1538, una información en la que asentaba que el poblado “se construyó sobre los terrenos de la margen del Riachuelo de los Navíos”; en base a eso volvió a la doble presunción de que había pobladores arriba y debajo de la barranca, aunque las iglesias estaban abajo, por eso se las llevó el agua. Las cosas no quedaron nada claras porque los documentos no lo eran, pero sumó a su idea el que con Juan de Garay “venían en la expedición tres antiguos pobladores de la época de Mendoza, quienes hicieron ver a Garay los inconvenientes de fundar la ciudad en los terrenos bajos al margen del Riachuelo y entonces aquel eligió la relativamente alta meseta”⁶¹. Al año siguiente apareció un artículo que creemos fundamental, realmente importante y que pudo, de haberse profundizado el tema, abrir muchas puertas: escrito por Raúl A. Molina, quien para ese entonces ya era miembro de la Academia Nacional de la Historia y ferviente discípulo de Levene, titulado *El curso de los ríos Paraná y Luján en la cartografía primitiva*⁶².

Molina plantea que la geografía histórica de la región había variado en forma rápida y observable y que un estudio serio de los documentos de escala regional podría mostrar la transformación sufrida por el territorio; si lo resumimos es lo siguiente:

- 1) que la geografía actual es muy diferente de la antigua
- 2) que el Delta ha ido creciendo y lo sigue haciendo, corriéndose hacia el sur
- 3) que en los planos del siglo XVI casi no figura porque era poco significativo
- 4) que el Luján entraba directo al Río de la Plata
- 5) que había otros riachos, como el Arrecifes, que se cegaron en tiempos recientes
- 6) que grandes áreas bajas aun pantanosas en la zona norte de Buenos Aires no existían

En síntesis planteaba, para el lector que hubiera estado interesado en la ciudad de Buenos Aires, la necesidad de revisar muchos de los conceptos establecidos por todas las hipótesis existentes a la fecha, sean las del Riachuelo, sean las de la parte superior de la barranca. El río Luján, e incluso algún otro, podía bien haber sido el “riachuelo” (nombre genérico y no propio) con una curva, en el que entró Mendoza. No era poca cosa para un artículo; obviamente la crítica de De Gandía lo atacó duramente aunque quedó rápidamente olvidado; ayudaba a ello el que si bien nadie podía discutir el crecimiento del Delta por su obviedad, ni siquiera el título trataba el tema. Pero en síntesis, fue el único en más de un siglo que dijo –sin decirlo en palabras- que la

⁶⁰ Guillermo Madero, *Historia del puerto de Buenos Aires*, Edición del autor, Buenos Aires, 1955

⁶¹ Idem, pag. 16

⁶² Raúl A. Molina, *El curso de los ríos Paraná y Luján en la cartografía primitiva*, *Historia* no 4, pp. 83-111, 1956

solución al tema es de índole regional y no sólo local. Hacía falta, y aun es necesaria, la mirada al territorio.

Otros lugares planteados como probables emplazamientos que fueron planteados iban desde la actual Plaza San Martín en el alto del Retiro, en el norte de la ciudad, idea propuesta por Carlos Roberts hasta Parque patricios, siempre sin bajarse de la meseta. El primer lugar no presenta condiciones geográficas adecuadas dada su lejanía de cualquier curso de agua por el que pudieran entrar naves de gran envergadura, de forma tal que lo descartamos de inmediato. En 1972 se publicó el extenso estudio sobre la historia de la Cuenca del Plata de Andrés Millé, un hombre que ya para esos años tenía larga experiencia en trabajar con documentos y bibliografía. Su postura, sin discutirla mucho, fue que “don Pedro determinó hacer su asiento y fundar ciudad en la rivera occidental del gran estuario, haciendo entrar sus naves en la boca de un riachuelo que por tener profundidad suficiente les prestaba abrigo para fondeadero; a media legua de allí, sobre la misma costa, fue edificada la ciudad”⁶³. Es decir, acepta varias de las suposiciones principales pero ubica el sitio “sobre la misma costa” sin aclarar si es en la entrada antigua, la anterior al siglo XVIII, o en la actual en donde antes pegaba la primer curva.

Una hipótesis que siempre ha sido atractiva y quizás la única innovadora después de la Comisión Oficial fue la del padre Guillermo Furlong, quien planteó que otra zona que podría reunir los requisitos es la que comprende el actual Parque Patricios en el sudoeste de la ciudad, paralela al curso del Riachuelo, que quedaría dentro del radio de la media milla si la contamos desde la boca actual del Riachuelo, entendiendo que esa medida era “aguas arriba” y no terrestres⁶⁴. El historiador expuso en 1968 que en la zona alta –con una cota de 17 metros-, en las cercanías del Puente Uruburu, podría estar el emplazamiento de la ciudad original. Es ésta una de las hipótesis más serias ya que indirectamente se relaciona con un importante descubrimiento, hecho por Carlos Rusconi⁶⁵, de un sitio con cerámica indígena y colonial en el Riachuelo cerca del citado puente, aunque de estos hallazgos solo se ha publicado el material querandí y que actualmente tendemos a pensar que es mucho más reciente.

Otro aporte interesante, si bien marginal, ha sido el del gran historiador mexicano Silvio Zabala quien en 1977 publicó una obra de dimensiones colosales sobre *Orígenes de la colonización en el Río de la Plata*, fruto de años de investigación. Allí no le interesó el dónde estuvo sino que en los juicios y desde la presentación inicial de Ruiz Galán en 1538 se habla de *sementeras*, es decir, de cultivos: “hizo hacer ciertas rozas en las cuales se sembró maíz para

⁶³ Andrés Millé, *La cuenca del Plata. Antecedentes para su historia*, Buenos Aires, Emecé Editores, Buenos Aires, 1972

⁶⁴ Guillermo Furlong, ¿Donde estuvo situada la Buenos Aires de Pedro de Mendoza?, en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Buenos Aires, 1968 y “La primera fundación de Buenos Aires”, en *Todo es Historia*, Buenos Aires, 1973

⁶⁵ C. Rusconi, op. cit. (1928, 1940, 1956)

que la gente comiese⁶⁶. Esto, más los varios testigos servirían para reducir el tema del hambre a su debida escala, entendiendo que habían connotaciones políticas en las acusaciones entre Irala, Cabeza de Vaca y Cabrera por haber despoblado Buenos Aires. Y sí es cierto, hay docenas de referencias entre los testigos a esas sementeras, lo que ni la defensa niega, tampoco creemos en quienes dijeron que era “como si este fuera un lugar abundoso de España”⁶⁷. Lo interesante es que este tema, que ayudaría mucho a pensar en un asentamiento más estable, y que los juicios habían sido publicados todos por la Comisión Oficial, no fueron suficientemente utilizados por la historiografía y merecen ulterior atención.

Una serie de hipótesis menores señalan lugares alternativos para esta primera aldea. La más difundida es la de Federico Kirbus⁶⁸, quien la situó en Escobar, ciudad ubicada al norte de Buenos Aires vecina al río Luján y muy influenciado por las ideas de Molina. Si bien la hipótesis en sí misma no es una especulación disparatada, es de lamentar que sus intentos de demostración carecen del más elemental rigor científico y las fotos aéreas usadas son una superchería. Como continuación de la hipótesis de Lezama podemos recordar también los estudios realizados por el geólogo Marcelo Yrigoyen, quien en 1978 y tras haber observado las curvas de nivel de ese sector con mucho detalle, planteó que la ubicación que reunía condiciones más apropiadas era la actual manzana comprendida entre las calles Perú, Bolívar, Brasil y Garay, es decir en la esquina noroeste del Parque Lezama, lo cual reconfirmaría la hipótesis enunciada por Félix Outes⁶⁹ en origen y la Comisión Oficial. En 1989 dos terrenos de esa manzana fueron excavados y nada se encontró allí relativo al siglo XVI.

Durante los años 2000 y 2001 se hicieron algunos recorridos esporádicos y no sistemáticos por la barranca, en especial en su sector más abrupto, lo que permitió encontrar tras las lluvias cuatro fragmentos de cerámicas de tipo indígena, sin decoración. Pero dadas las condiciones del hallazgo no tienen valor contextual alguno.

⁶⁶ Silvio Zabala, *Orígenes de la colonización en el Río de la Plata*, El Colegio de México, 1977, México; pag. 545 y sigs.

⁶⁷ Idem. Pag. 546

⁶⁸ Federico Kirbus, *La primera de las tres Buenos Aires*, edición del autor, 1980, Buenos Aires

⁶⁹ Marcelo Yrigoyen, Fundación de Buenos Aires, *Diagonal*, 1978, no. 9, pp. 12-17

VI.

El Parque Lezama y La Comisión Oficial de 1936

En la década de 1930 se produjo un movimiento historiográfico importante producto del impulso dado por Emilio Ravignani desde su instituto de historia, donde se comenzó a trabajar con un método científico antes desconocido. Esta Nueva Escuela modificó profundamente la manera de ver y entender el quehacer del historiador, pero en esa década, y más por política que por otra cosa, una corriente nueva inundó al nacionalismo imperante: el Hispanismo, que se expresaba desde la literatura al crecimiento de los movimientos políticos de ultra derecha militarizados y paramilitares, e incluso hasta en la ornamentación de la arquitectura. Fueron los tiempos de acción del intendente de Buenos Aires Mariano de Vedia y Mitre, quien luego escribiría un tomo completo sobre Pedro de Mendoza, y del gobierno del general Agustín P. Justo. En esos días el papel de Buenos Aires estaba nuevamente en el centro de la polémica por los cambios políticos que instauraron las nuevas dictaduras y no es casual que en ese contexto surgiera la gran *Historia de la Ciudad de Buenos Aires*⁷⁰, de Rómulo Zabala y Enrique de Gandía, que intentó ser la primera de su tipo, aunque ya había otras por cierto. Basado en las Actas del Cabildo daba una mirada oficial y apologética de la ciudad.

Para la Hispanidad impulsada por el militarismo clerical de Primo de Rivera, la historia era el campo científico que debía consagrar los altos valores de la conquista, duramente criticados por las corrientes latinoamericanistas de la década de 1920, poder recuperar la imagen de héroes y campeones de la cristiandad negando nuevamente al indígena, lo que para ese entonces era ya bien entendido como un genocidio; para eso acuñaron el término de Leyenda Negra, como una conspiración que atacaba a España de su verdadero rol de difusor de la cristiandad.

En este contexto se creó una Comisión Oficial que debía ubicar, entre otras cosas, el “sitio exacto” donde se asentó Mendoza, publicar documentos originales y textos relativos a ese evento y, más que nada, exaltar la memoria y la importancia de dicha expedición; para ello nada mejor que destacar todo lo posible sus sufrimientos, hambres y hasta el supuesto canibalismo padecido.

En abril de 1935, con el fin de conmemorar el futuro IV Centenario, se constituyó como entidad privada, formada por estudiosos de la historia colonial. Se reunió entonces un

⁷⁰ R. Zabala y E. de Gandía, *Historia de la Ciudad...* (1936), op. cit.

conjunto verdaderamente único de documentos inéditos o poco conocidos y se reimprimieron trabajos de los primeros cronistas de la región rioplatense, incluyendo a Schmidel en un volumen completo. Se ocuparon de la parte documental Emilio Ravignani y Enrique de Gandía, quien fue el secretario, y del material provisto por la crónica de Schmidel, Rómulo Zabala y Juan Canter. A esta iniciativa se sumó José Torre Revello quien ya tenía preparado el volumen relativo a las *Memorias y relaciones históricas y geográficas*. La presidencia recayó como era lógico en Ricardo Levene. El Poder Ejecutivo de la Nación oficializó la Comisión en la que tuvo papel protagónico el joven De Gandía, quien había escrito gran estudios sobre el tema desde 1930. Él sería el adalid de este monumental trabajo y quien sostendría la hipótesis oficial hasta su muerte, en forma activa y sistemática.

La Comisión del IV Centenario enfrentó grandes problemas internos, cambió varias veces de miembros por falta de acuerdo en la decisión concreta del sitio exacto y terminó firmando los libros con disconformidad entre sus participantes (publicó sus resultados recién en 1941). Fueron vocales de la misma Abraham Quiroga, Ricardo Miró, Gastón Vincendeau, Carlos M. Sciurano, José Dufour, Lizardo Molina Carranza, Amílcar Razzori, Atilio dell'Oro Maini, Nicolás Bessio Moreno, José Luis Cantilo, Martín Noel, Miguel A. Cárcano, Alejo González Garaño, José Marcó del Pont, José Torre Revello, Luis Mitre, Jorge A. Echayde, Federico Santa Coloma, Héctor Quesada, Atilio Chiáppori, Gustavo Martínez Zuviría, Enrique Udaondo, Alberto Gowland, Juan Pablo Echagüe, Leandro Anda, Manuel Murias Navía, Antonio Polledo, Luis Méndez Calzada, Pablo Guinea y Ernesto Aguirre.

De ellos quedaron varias cosas ineludiblemente asentadas en el papel: una serie de cinco volúmenes de gran tamaño, la reedición de una cantidad inusitada de documentos de archivos españoles, facsímiles de textos de cronistas y la apertura de nuevas líneas de investigación que se seguirán por años y generarán muchos otros libros. Y la ubicación de un sitio en el plano de la ciudad: Parque Lezama. El volumen I, de más de 400 páginas, reproducía una cantidad inusitada de manuscritos originales de los siglos XVI y XVII, en realidad 69 de ellos, copiados de sus versiones más antiguas y con un enorme cuidado. El volumen II era la expedición de Pedro de Mendoza con el establecimiento y despoblación de Buenos Aires, que implicó publicar la friolera de 245 documentos originales; los tomos III, IV y V estaban dedicados a los pleitos contra Mendoza y, como anexo, un tomo extra, el VI, era la reedición facsimilar y paleográfica de Schmidel. Desde que se iniciaron los trabajos en 1935 hasta que se editó el último tomo pasaron trece años; el grupo principal fue editado en 1941.

Era importante porque los documentos pasaban a estar disponibles para discutir y analizar, las traducciones se hacían con los facsimilares y se respetaba la grafía original; pero pese a todo eso no hubo en los años siguientes interés en mantener la discusión, siquiera el diálogo –nadie dialogaba con De Gandía, sólo atacaba o se defendía– y, quizás también por ello no mejoró “a partir de allí, la calidad de lo investigado, producido y publicado. Con escasas

excepciones, en lo que al sitio elegido para emplazamiento fundacional se refiere, (sólo se recoge la hipótesis defendida por el historiador Enrique de Gandía”⁷¹ y la Comisión Oficial. El mito estaba asentado y era una verdad etema, o casi. Es interesante la trayectoria de este historiador, sólo oscurecida por el propio Levene sobre quien había escrito un panegírico en 1931 a poco de haber comenzado en estos temas, ya que sus primeros poemas los publicó en Madrid en 1924, iniciándose en la historia dos años más tarde dedicado a Garay. En el mismo año de la Comisión Oficial publicó la friolera de diez libros sobre ese tema, tanto aprovechando para mostrar documentos que sólo verían la luz pública en 1941 en la edición oficial, como otros que no serían incluidos. Construyó su propia explicación de lo sucedido, la defendió hasta su último día y no la modificó jamás; fue una historia con villanos, héroes, culpables y más que nada, destacar la gloria española en América.

Lezama y su entorno inmediato fue el lugar consensuado, aunque la localización distaba de estar probada. Si bien la Comisión aclaró que no era sólo allí sino “en algún lugar arriba de la barranca de la zona sur”, la tradición y el imaginario la ubicó específicamente en ese lugar. Obviamente esto no implicó ni que se lo protegiera ni que se construyeran y destruyeran un edificio tras otro en el lugar; eran los tiempos en que se discutía del sitio, pero a nadie se le ocurría cuidarlo.

Lógicamente otros autores aceptaron la teoría amplia, es decir que el sitio estaba en la parte alta de la ciudad, aunque con ligeros cambios de ubicación: por ejemplo Nágera pensaba en una zona más amplia que iba desde Lezama hasta el Tercero del Sur en la calle Chile, coincidiendo casi con lo planteado mucho antes por Aníbal Cardoso que creía también que el Tercero del Sur había sido el riacho por el que entraron con los barcos, lo que a todas luces es y fue imposible. Cabe destacar que Nágera fue el único geólogo que pensó el tema siguiendo las ideas de Outes. Sus deducciones acerca del Riachuelo, si no hubieran estado forzadas por una hipótesis predeterminada, lo hubieran transformado en un lúcido visionario del problema de la ubicación del asentamiento.

Quizás quien estudió con menos prurito otras hipótesis fue precisamente el presidente de la Comisión, Mariano de Vedia y Mitre, intendente de la ciudad por otra parte, pero sus conclusiones salieron a la luz sólo en 1980 ya que por motivos que desconocemos, mantuvo inédito su trabajo. Obviamente que no reniega de la hipótesis de Lezama, pero escucha con atención otras voces anteriores, aunque usa para descartarlos herramientas poco históricas como “a nadie se le ha ocurrido ni ocurrirá” o “el bajo del Riachuelo era un lugar siempre inundado”, o que “ existiendo una meseta inmediata, don Pedro de Mendoza no pudo sino echar allí las bases de la ciudad y nunca en los terrenos anegadizos de la boca del Riachuelo”, lo que le quita

⁷¹ B. Patti, op cit. (1992)

valor a una buena obra superadora de lo que la propia Comisión había hecho medio siglo antes⁷².

Gran parte de todas esas ideas hoy podrían ser discutidas ahora, en especial la interpretación de las láminas de Schmidel y en general las conclusiones de la Comisión Oficial. Ya entre ellos mismos la duda de la ubicación quedaba sutilmente establecida la bibliografía tomó el hecho como consumado y definitivo quedando fijado en la memoria y el imaginario que el primer asentamiento estuvo en algún sitio entre las calles Chile y el Parque Lezama. Y la monumental *Historia de la Nación Argentina* editada por la Academia desde 1937 consagró la postura y cerró la cuestión por años.

La hipótesis de Lezama en realidad había sido establecida originalmente por Félix Outes, quien pensó como sitio probable la barranca de ese parque hacia la esquina de Paseo Colón y Martín García, dada su altura original –cerca de 15 metros-; y la distancia que media al Riachuelo –entendiendo las millas como él las entendía-, lo que hacían casi coincidir la barranca con el puerto en el Riachuelo original, por lo que según él la antigua aldea cubría parte del parque. Esta es la idea que fue profundizada más tarde por De Gandía, que incluso se ocupó mucho sobre la destrucción de la ciudad por órdenes de Alonso de Cabrera, tratando de mostrar que el asentamiento sí había prosperado y que la decisión de destruir implicó arrasar un gran poblado, no un simple villorrio⁷³.

Cabe destacarse que incluso se analizó el tema de que luego de la muerte de Mendoza, Juan de Ortega quiso en 1540 tomar posesión del puerto y llevar provisiones a los pobladores; para De Gandía eso podría reforzar la opinión de quienes “colocan a Buenos Aires en los bañados inhabitables del Riachuelo”, quienes podrían creer que “el propósito de Ortega era el de trasladar la población a un punto más elevado y sano; pero si alguien enunciara esta teoría nos sería fácil contestar que la ciudad, como se ha probado hasta la saciedad, no estuvo fundada en los bañados cubiertos un día sí y un día no por las mareas, sino sobre la meseta, en el alto de San Pedro, y luego que aunque ese absurdo de la fundación en el bajo se hubiese realizado, no es de creer que la gente se haya opuesto tan tenazmente a mover sus ranchos unos centenares de metros más al norte, sobre la parte alta de la barranca”⁷⁴. Es obvio que el autor ya sostiene una teoría previa que anula toda posible interpretación de otras variantes; el tema era interesante y sigue siendo un interrogante abierto.

Según las declaraciones posteriores de los pobladores que fueron publicadas, éstos advirtieron lo innecesario de la decisión que decretó el abandono y destrucción de Buenos Aires a fines de junio de 1541 afirmando que “Hubo que destruir y quemar una ciudad en formación. (...) la nao Trinidad que estaba encallada en tierra y (que) servía de fortaleza, la iglesia del

⁷² M. de Vedia y Mitre, op. cit. (1980)

⁷³ Enrique de Gandía, *Historia de Alonso Cabrera y de la destrucción de Buenos Aires en 1541*, Librería Cervantes, 1936, Buenos Aires

⁷⁴ *Ibidem*, p. 120-121

Espíritu Santo, las casas de madera y las otras construcciones, todo fue incendiado y rápidamente, con el viento de la pampa y del río, se convirtió en escombros y en ceniza”⁷⁵. Este es el otro argumento sobre la importancia del sitio y sus construcciones, lo que obviamente puede ser leído como un simple y bien modesto intento de defensa de quienes querellaron judicialmente a los descendientes de Mendoza, y no aporta nada realmente que muestre que esa aldea haya sido siquiera eso.

Lo interesante de esta Comisión y de la mayor parte de quienes escribieron luego, es que para evitar polémicas no se discutió demasiado la ubicación, se asumió una como definitiva y sólo recordamos a Guillermo Furlong como crítico serio, a quien luego analizaremos. La verdad es que con los años, los muy pocos que se atrevieron a cuestionar ese monolito historiográfico y la verdad es que no tuvieron demasiada suerte, salvo Furlong con un artículo muy interesante ubicando el sitio en el Parque Patricios aunque usando los mismos textos y argumentos que la Comisión Oficial. Eso es lo que resulta más llamativo, que los que hicieron críticas utilizaban las mismas fuentes documentales que las empleadas por quienes las criticaban, simplemente discutiendo la forma de ubicar el lugar en el espacio. Y aun más insólito resulta el manejo discrecional de las fuentes documentales, donde se dejaron de lado documentos de peso, incluso escritos hechos por los mismos pobladores de la ciudad que sobrevivieron, pese a estar publicados; muchos de ellos jamás fueron usados o citados, como Antonio Rodríguez ya citado.

El sitio del emplazamiento fue finalmente aceptado por la Comisión Oficial después de un atento examen de los antecedentes históricos, geográficos y geológicos, con lo que se afirmó que Mendoza no pudo fundar la ciudad en el bajo o valle del Riachuelo, ni en el lugar llamado Vuelta de Rocha que siempre había sido el más tentador desde Outes, sino que la fundación debió necesariamente realizarse en la parte alta de la meseta, a lo sumo unas cuadras al norte del Parque Lezama. Era imposible que se hubieran equivocado, tenían que ser hidalgos españoles de primer nivel y hacer un hermoso lugar elevado, con vistas al paisaje, tenían que demostrar que Mendoza y su gente eran grandes y aguerridos militares, no un enorme grupo de fracasados desesperados por un poco de oro.

A partir de allí a nadie le importó demasiado que el texto firmado no dijera que fue precisamente allí, sino “en algún lugar arriba de la barranca de la zona sur”, lo que no es lo mismo. Pero el Municipio necesitaba emplazar un monumento⁷⁶ y tenía que ponerlo en un sitio que no estuviera destruido: Lezama fue el elegido. Tampoco era factible aceptar que el lugar verdadero haya sido destruido. A partir de ese momento, el imaginario y la educación pública hicieron el resto; y si existían dudas para salvar, enormes textos ilegibles para cualquiera que no

⁷⁵ Ibidem, p. 139; Mendoza abandonó Buenos Aires el 22 de abril de 1537 y falleció el 23 de junio en alta mar

⁷⁶ El monumento a la primera fundación es obra del escultor Juan Carlos Oliva Navarro.

fuera un paleógrafo, demostraban que eso era cierto. La Academia Nacional de la Historia hizo suyo el fallo de 1936 y no ha vuelto a discutir el tema pese a que ha habido numerosos pedidos.

El lugar, señalado con general consenso y hasta alegría, permitió emplazar los monumentos a Mendoza primero y a Schmidel más tarde, y todo porteño estudia en sus manuales y libros escolares que ésa es una verdad indiscutible. Sin embargo, nunca se intentó explorar en el lugar o siquiera controlar las excavaciones realizadas para construir y demoler edificios en ese sitio, al menos hasta que en 1988 el actual parque y sus alrededores fueron los elegidos para un proyecto encaminado a excavar el área.

VII.

Excavaciones iniciales en Parque Lezama (1988-89)

Si bien este estudio no tiene la intención de presentar estudios arqueológicos, sí es necesario entender qué fue lo que puso en crisis la idea establecida de Parque Lezama y la zona alta de Buenos Aires como sitio fundacional.

El *Proyecto Arqueológico Primera Fundación*, bajo la dirección conjunta de la Dra. Ana María Lorandi y el Dr. Daniel Schávelzon⁷⁷ se hizo con el objeto de llevar a cabo excavaciones en Parque Lezama y alrededores durante 1988 y 1989. Los objetivos eran claros: ubicar restos materiales de ese evento para estudiarlos e interpretar las condiciones de vida del siglo XVI temprano; pero la decisión del sitio se basó en dos factores: el historiográfico y el arqueológico. En ese momento era claro que la única alternativa para saber con exactitud donde estaba ubicada la primera Buenos Aires era la arqueología y ya se tenían datos de excavaciones en varios sitios de la parte superior de la barranca aunque no tan al sur. Pero lo excavado en las orillas del Tercero del Sur no mostraba ningún contexto que pudiera asociarse siquiera lejanamente con el siglo XVI; habiendo quedado fuera esa zona, la mirada se centró en la zona de Lezama. Pero el uso de la historia no iba más allá de las dos grandes hipótesis establecidas; incluso la de Furlong quedó fuera en forma casi inconsciente dado el peso histórico que tenía la Comisión Oficial y sus conclusiones.

Para dicho trabajo se hizo una primera relectura de cronistas y textos a la búsqueda de información, pero resulta evidente que el peso de lo establecido era tan fuerte que no pudo ser salvado y fue lo que llevó a excavar en Lezama. También se trabajó en la búsqueda de información sobre datos concretos, es decir sobre hallazgos casuales que aunque no tuvieran valor arqueológico pudieran ser pistas útiles a seguir, pero todo lo hallado eran datos sin comprobación de ningún tipo como el haber encontrado una espada, un casco, restos óseos o información imposible de corroborar o no referida por otras fuentes. Las excavaciones se centraron únicamente en la parte alta de la barranca, no hallándose ningún contexto, ni siquiera un fragmento de cerámica, que pudiera referirse al siglo XVI temprano⁷⁸.

Las excavaciones realizadas no encontraron el sitio exacto de la primera aldea de Pedro de Mendoza. Esto, lejos de constituir un fracaso, debe ser visto positivamente, pues dio lugar al reinicio del debate académico y la apertura de nuevas preguntas. Al no haber

⁷⁷ Daniel Schávelzon, *La Arqueología urbana en la Argentina*. Buenos Aires, CEAL, 1992. Véanse allí la descripción de las excavaciones en Lezama

⁷⁸ D. Schávelzon, *La arqueología...* (1992), pags. 37-77

encontrado en Parque Lezama lo que supuestamente se estaba buscando, obligó a reconsiderar la cuestión sobre las excavaciones hechas en la zona. En esa oportunidad también se hicieron excavaciones en Defensa 1469 por las ideas de Yrigoyen de que era un sitio aun un poco más alto⁷⁹. Con los años se excavaron más de veinte sitios en la parte superior de la barranca y si bien en algunos se encontraron fragmentos de cerámicas que pueden atribuirse al siglo XVI, jamás se halló un contexto, siquiera mínimo.

Con los años se hicieron algunas otras recolecciones de cerámica superficial en Lezama pero hasta la fecha el sitio ha mostrado que no existe evidencia alguna de poblamiento en el siglo XVI, ni temprano ni tardío. Toda esta zona fue poblada y construida mucho más tarde y quizás sólo fue usada como terreno agrícola durante los dos primeros siglos. Hacia el norte urbano sucedió lo mismo y la zona de San Telmo, a la altura de la iglesia, muestra algo similar: una ocupación muy ligera del siglo XVII para comenzar con las construcciones del siglo XVIII. A la fecha no hay lugar en la ciudad o su entorno cuya excavación haya dado materiales culturales del siglo XVI.

⁷⁹ Daniel Schávelzon, Ana M. Lorandi y Sandra Fantuzzi, *Excavaciones en Parque Lezama, Buenos Aires; informe preliminar (1988)*, Programa de Arqueología Urbana, 1989, Buenos Aires; M. Yrigoyen, op. cit. (1988)

VI.

La hipótesis del Riachuelo

Con cierto rigor científico hasta ahora se han establecido una serie de hipótesis que ya hemos descrito: las que encuentran el sitio sobre el Riachuelo, desde la entrada a la Vuelta de Rocha, en especial esta última como probable zona del primer asentamiento, a pesar de que los autores siempre la consideraron una zona baja e inundable. Los autores que criticaron esto pretenden que es absurdo que esa sea la ubicación de la primitiva Buenos Aires porque en ese entonces eran tierras sumamente anegadizas e insalubres, lo que contrariaba lo indicado en las ordenanzas y sobre todo al desarrollo de las actividades diarias de todo núcleo urbano o pre-urbano.

Paul Groussac⁸⁰ había advertido sin embargo que el sitio del emplazamiento poblacional estaba en la orilla del Riachuelo: “Vemos ya despuntar vagamente la situación de la ciudad futura. A tal distancia de los sucesos, y tan cambiadas como están las circunstancias naturales que serían hoy decisivas, acaso nos escaparán las razones que hicieran preferir, para asiento de la población esta mediocre barranca pampeana a otros puntos ribereños del Paraná o del Uruguay, de mayores recursos o más fácil defensa; pero cierto parecer de los pilotos de la armada, aunque bastante posterior al acto de que tratamos, arroja sobre ello alguna luz retrospectiva. Vemos por esas manifestaciones unánimes (como lo hiciera prever la composición de la junta consultada), que planteado el problema del nuevo establecimiento, su factor predominante, para no decir exclusivo, no había sido el de establecer una población sino el del puerto seguro. Para resolver, en 1539, si Buenos Aires debía despoblarse, no se examinaba su pobreza, tan cruelmente experimentaba según algunos, en recursos, sino la fácil entrada y seguridad de los navíos en el río pequeño; y resultando estas ventajas, evidentemente superiores a las análogos de San Gabriel y Martín García”. Continúa con este análisis: “Lo más probable es que, resuelta la elección a favor del Riachuelo, se trasladaran sucesivamente al sitio designado las embarcaciones menores, para la gente de labor preparase el terreno y levantase a la ligera algunos cobertizos, destinados al primer resguardo de los primeros hombres y efectos que se iban descargando. Puede, en todo caso, afirmarse que en los primeros días de febrero de 1536, -probablemente el 2, fiesta de la Candelaria,- fue cuando, considerándose suficiente la instalación provisional, don Pedro de Mendoza decidió cruzar a su vez el estuario con su capitana, en demanda de la población naciente. (...) Este proceso paulatino, y adaptación, en cierto modo vacilante, del primer establecimiento –bajo la dirección nominal de un jefe siempre

⁸⁰ P. Groussac, *Mendoza y Garay...*, op. cit (1916)

enfemo- aleja, si no excluye, toda idea de ceremonia en fecha precisa, con juramentos de pleito homenaje, erección del árbol de justicia, espadas al aire, acta firmada por los flamantes alcaldes y regidores, y tanto aparato solemne y teatral como de la segunda fundación por Juan de Garay queda constancia auténtica”⁸¹.

Cabe recordar que desde el descubrimiento del Río de la Plata el cambio sufrido en su lecho y costa modificó por completo la topografía general de sus cercanías. Groussac se detiene un poco ante el paisaje que creyó que se había desarrollado ante los ojos de los conquistadores interminable “el campo yermo, (...) remedaba otro océano inerte y estéril con erizadas olas de matas y arbustos. A trechos no lejos de la costa, los bosquecillos de talas y espinos alzaban sus ramas de menudo follaje sobre los matorrales vecinos; y, aquí y allá, algún añoso algarrobo, centinela perdida de la selva interior, retorció al viento del desierto su tronco oscuro de requebrada corteza”⁸². Pero eran suposiciones de que lo que él veía era lo que vieron antes, que la naturaleza si bien cambiaba no se transformaba realmente. En cuanto a la vegetación y la fauna observa que “En las cañadas, sin embargo, y orillas de los ahilados arroyos, la humedad mantenía una fresca vegetación de totoras y cortaderas, formando tupidos pajonales. (...) y como medita abunda, rosados flamencos y cigüeñas de plata; mientras, en torno suyo, los agrios chirridos de los chajás, terutereros y demás aves acuáticas rasgaban el silencio angustioso de aquellas soledades” imaginando que la ecología era exactamente la misma.

Es por eso que pensó que la comarca contaba con escasos recursos naturales para los recién llegados tanto para su alimentación como para la construcción de su hábitat “se presentaba al pronto, ante Mendoza y su gente, la región en que debían fundar su primer establecimiento, como base de las conquistas futuras. (...) Ellos se resumían en algún suplemento de alimentación animal, caza y pesca (para esta última tuvieron que proveerse de redes, quitándose a los indígenas), aunque de trabajosa consecución, por lo menos en cantidad apreciable, después de algunos días; a los que se agregaban ciertas raíces, más o menos nutritivas. Muy pobres eran los materiales de construcción para viviendas, no disponiéndose al pronto, fuera de las paredes de barro y los techos de totora, más que de maderas mezquinas o distantes y no muy fáciles de labrar. Pero a este respecto la estación era propicia: por algunos meses iba a ser tolerable la vida casi al aire libre, sin grandes inconvenientes”. Confirman la hipótesis de Groussac varias declaraciones de Díaz de Guzmán, sobre haberse establecido la primera población “media legua arriba” de la entrada, lo que les permite deducir su situación como ya hemos visto antes. De esta forma establecían una hipótesis y la sostenían.

Pero las cosas eran mucho más complejas; no sólo sabemos los profundos cambios en la naturaleza del paisaje, de la ecología toda sino también que para comprender las relaciones de distancias usadas España en especial y Europa en particular durante el siglo XVI se solían

⁸¹ Ibidem.

⁸² Ibidem.

emplear entre marineros y hablando de latitudes, las expresiones “bajar” y “subir”. Se llamaba bajar a todo lo que era disminuir la latitud, es decir caminar hacia el Ecuador y por ende era subir todo lo contrario, el apartarse. De esta forma, incluso si las palabras de Ruy Díaz fueran ciertas, no sabemos si subieron en altura física, es decir la barranca, o subían el río (remontarlo) o se dirigían en los barcos por tierra hacia el norte. Sin embargo no parece haber sido ésta la convención utilizada respecto del Río de la Plata o al menos la interpretación dada por ninguno de los historiadores locales⁸³. Recuerda Guillermo Furlong que en el lenguaje de muchos historiadores antiguos, “así como la palabra abajo equivalía a sud, así arriba equivalía a norte, y son varios los cronistas que mencionan el norte del Riachuelo, (esto es, caminando hacia el Ecuador en nuestra comprensión del hecho) al referirse a la ubicación de aquella Buenos Aires de Pedro de Mendoza”⁸⁴. Asimismo cuando se trataba de longitudes, la poca seguridad en su determinación era casi total y no se logró hasta el siglo XVIII con el desarrollo de los cronómetros de precisión.

Por eso para Groussac era fácil determinar la ubicación definitiva “a poca distancia de la ribera occidental de la Boca –probablemente en la sección hoy limitada por la Avenida Pedro de Mendoza y las calles Palos, Lamadrid y Almirante Brown- donde se echaron los cimientos de la efímera población, atendiendo únicamente a la proximidad del buen fondeadero, sin reparar en el fofo y anegadizo del suelo, sobre el que se iba alzando a prisa frágiles construcciones llamadas a desplomarse con las frecuentes avenidas”. O para Cardoso definir con absoluta exactitud una manzana entre Chile e Independencia a orillas del Tercero del Sur.

Pero no debemos olvidar que según dice la *Descripción de la ciudad y virreynato de Buenos Aires*: “Esta gran Capital fue situada a la entrada del Riachuelo, bajo el glorioso título de Santa María de los Buenos Ayres, y últimamente trasladada y reedificada en un loma inmediata de mayor altura y extensión, donde hoy se halla, intitulándose de nuevo La Santísima Trinidad, dejando al puerto del Riachuelo su primitiva advocación”⁸⁵. Este dato no deja de ser muy curioso y determinante y quizás por eso ha sido tan poco tomado en cuenta. Asimismo es conducente el averiguar un poco más sobre los que ayudaron a elegir el sitio, si ya no hay más información de la primera, al menos de la segunda ciudad; tal el caso de Antonio Thomas. Este hombre acompañó a Mendoza y a Garay, era un portugués que en el primer viaje sólo contaba con quince años de edad pero que le indicó claramente a Garay más tarde que no debía cometer el mismo error que Mendoza “donde si no fuera por el dicho capitán Antonio Thomas no se poblara la dicha ciudad” (en donde la fundó Garay). Estos datos, si bien indirectos, son cruciales a la hora de evaluar todo el conjunto documental⁸⁶.

⁸³ B. Patti op. cit. (1992)

⁸⁴ B. Patti, op. cit. (1993)

⁸⁵ E. Madero, *El puerto de ...*, op. cit., (1939)

⁸⁶ La biografía de Thomas pueden verse en José Torre Revello, *La fundación...*, op. cit. (1936), pp. 169-173

Madero también aportó a la hipótesis del Riachuelo sosteniendo poseer “copia legalizada de una *Información* de carácter inédito” hecha por el teniente Gobernador Francisco Ruiz Galán en la que decía “que aquella población se formó en los terrenos bajos de la margen del Riachuelo de los Navíos”, cuyo cauce se extendía hasta el frente de la parte sur de la ciudad actual. Escribe que se habían “hecho en este puerto cuatro iglesias á costa de la hacienda del señor Adelantado”, las cuales por ser cubiertas de paja se “han quemado algunas de ellas e otras se llevó las crecientes de este río”⁸⁷, todos temas que ya hemos discutido. De este modo, el primer documento que alude al lugar de la fundación es esa *Información* que remitiera el entonces gobernador, quien en fecha 5 de junio de 1538 comunica a su Rey “sobre lo ocurrido desde que Don Pedro de Mendoza regresó a España (...). Esta gran capital fue situada en la entrada del Riachuelo, bajo el glorioso título de Santa María de, Buenos Aires”.

También la definición formulada en Buenos Aires por Francisco Ruiz Galán, cuando señaló que “es puerto seguro porque es muy limpio”, abre una serie de interrogantes sobre cierta vaguedad que envuelve muchas de las expresiones documentadas. “Cabe preguntarse que parámetros tuvo en cuenta para hacer esta valoración y qué sentido aplicó a este adjetivo. Si hoy creemos que un curso de agua limpio debe cumplir la condición básica de líquido no contaminado, transparente, que no impida la visión más o menos clara algo más allá de su superficie, nadie que conozca las aguas que bañaba la ribera del área de Buenos Aires –con la característica de poseer gran cantidad de limo en suspensión y la apariencia de una masa líquida barrosa-, podría asociar aquel dato con este sitio geográfico. Así, la noción de limpio tenía otras implicaciones entonces y la movilidad en su significado obliga a un ejercicio interpretativo también en este aspecto”. Ruy Díaz relata, volvemos a repetir, “que media legua arriba del Riachuelo fundó una población” y tal distancia sostiene Madero “debe medirse desde la embocadura que entonces tenía frente en la actual calle Alsina, y no hacia el Norte del curso natural de sus aguas”⁸⁸. Parecería entonces que al menos en esos tiempos había consenso de “que la primera población se hubiera levantado sobre los terrenos bajos de la costa del Riachuelo, pero como en aquella época esa vía fluvial se bifurcaba en su desembocadura con otro brazo que se dirigía hacia el norte, circunscribiendo con el actual una isla de terrenos anegadizos, y ese brazo desembocaba en el Plata a la altura de la hoy calle Humberto 1º”.

Madero se inclina luego a suponer que también hubo ocupación en el Parque Lezama: “lógico es suponer, como han concluido los historiadores que últimamente se han ocupado de la cuestión, que la población principal se levantaba sobre la elevación que hoy es el Parque Lezama. Algunas casas quizás se habrían construido en el bajo sobre la costa fluvial, donde a manera de puerto anclaran los navíos, y allí estaría una de las iglesias referidas en la

⁸⁷ E. Madero, Op. cit., p. 147

⁸⁸ Idem.

Información de Ruiz Galán y que la corriente del río se llevó”. Esta fue una solución feliz que dejó por muchos años a todos contentos, al menos hasta 1936.

Lo que más nos llama la atención ahora de esos pioneros de la historia es que vieron la posibilidad de que la región, en especial las tierras bajas, hayan cambiado. Sobre la formación del Riachuelo y sus cambios en el tiempo se han hecho comentarios que apuntan a sostener esta hipótesis: “El puerto elegido estaba en una especie de brazo norte del Riachuelo actual. El Riachuelo desembocaba entonces en el Río de la Plata a través de un delta, con dos bocas: una más profunda al norte, la del canal o brazo que continuaba el río entre la costa firme y una isla paralela, luego isla del Pozo, desaparecida allá (...), y la otra, innavegable, al este, más tarde convertida en una entrada natural efectiva cuando la anterior se cerró, que ahora, dragada, es el acceso sur del puerto de Buenos Aires. La isla del Pozo asomaba entre la boca este del Riachuelo y la actual calle Humberto 1°; se prolongaba por un banco hacia Retiro, que velaba con marea baja hasta la actual calle Hipólito Irigoyen. En ese brazo norte (mal o bien llamado así) había un limpio y profundo fondeadero denominado en un primer momento Río Pequeño y después de la repoblación Río de Buenos Aires, Riachuelo de los Navíos, Riachuelo del Puerto y finalmente Riachuelo, extensivo a todo el curso. Poseía un buen tendero de fango y arcilla de unos mil metros de largo (dique 1 y dársena sur actuales), por unos ochenta de ancho medio. La isla protegía a las embarcaciones de la marejada del río grande y de los fuertes vientos; sus árboles facilitaban la espía así como toda demanda operativa en dicho fondeadero supieron perfectamente las catorce unidades con buenas amarras a barbas de gato y proa a la ciudad; se comunicaban a la vez con tierra, y el tránsito se hacía en bote hasta los atracaderos naturales en la barranca de tosca”⁸⁹. No en vano Félix Outes reclamaba la necesidad de conocer los cambios topográficos de las tierras bajas del Riachuelo durante los siglos XVII y XVIII, los sufridos por el cauce y la boca de este río histórico, así como la planimetría correlativa de cada era.

Romero advirtió al respecto en 1926: “No se puede afirmar que la conformación física que presenta el estuario del Río de la Plata y sus costas es la misma que presentaban en la época en que lo descubriera el piloto español Juan Díaz de Solís (...) Pero del Río de la Plata a Mar Dulce (...) y de su topografía costanera, no conocemos de aquella época ni sus trabajos de sonda ni detalles topográficos importantes de sus islas y riberas. (...) Debemos por lo tanto reconstruir a través de los cuatrocientos doce años de su descubrimiento, las condiciones del lecho de nuestro estuario en aquel entonces y los caracteres fisiográficos de sus costas valiéndonos de elementos auxiliares proporcionados más tarde por otros navegantes, conquistadores y colonos, que no estaban obligados a esa reserva y aun por los mismos informes secretos cuando dejaron de serlo; agregando además, factores importantes que la investigación pone a nuestro alcance y que no han sido tomados en cuenta por los historiadores

⁸⁹ Fermín Eleta, La Armada de Don Pedro de Mendoza y el puerto y pueblo de Nuestra Señora de Buenos Aires. Nuevo enfoque, *Boletín del Centro Naval* n° 670, 1967

que se han ocupado de la expedición de don Pedro de Mendoza”⁹⁰. Para ello el autor mencionado ha tratado conocer el movimiento del estuario: “en lo que afecta a su lecho, reuniendo los informes y las cartas náuticas más antiguas que nos fue posible conseguir. (...) Las diferencias en el valor de las cotas de sonda entre los perfiles, son bastante sugestivas para demostrar que el lecho se levanta y las aguas tienden a recostarse a la costa N. E. siguiendo el movimiento opuesto de elevación del suelo, cuya demostración se observa en la inclinación de los estratos y líneas de plegamiento del lecho del Riachuelo (...) Estos estratos corresponden al antiguo lecho marino, lo mismo que los moluscos que en ellos se observan, muchas de cuyas valvas, presentan un estado tal de conservación y frescura que demuestra que el tiempo transcurrido desde la retirada del mar hasta la fecha, debe ser relativamente corto”⁹¹. Lo cierto es que “desde el año 1515 del descubrimiento del Río de la Plata por Solís “el cambio sufrido en su lecho y costas equivale a un metro y veintitrés centímetros. La meseta que sirve de asiento a nuestra gran Capital, tenía también en aquel entonces un nivel de un metro 23 centímetros más bajo que en la actualidad, circunstancia que modificaba por completo la topografía general de sus cercanías (...) y el lecho del río y con él el Riachuelo, que desaguando entonces frente a la que es hoy Plaza Victoria, corría casi paralelo a la barranca por un cauce ancho y de una profundidad mayor de 4 brazas 6 metros 68,72. A pesar de estas condiciones, el Riachuelo cambió de curso, abandonando el frente de la ciudad para recostarse al este nordeste, obligado por el movimiento ascendente del suelo. Este cambio que ha sido negado por el ilustrado historiador Groussac, sin más fundamento que una antojadiza conjetura, tiene positiva importancia histórica en lo relativo a la fundación de Buenos Aires”⁹². Y continúa diciendo que: “Los que piensan que la topografía actual o la existente de 50 años atrás se acomoda a la de aquella época, incurren en un error (...) a este movimiento ascensional se debe el cambio del curso del Riachuelo que era tan hondable a la llegada de Mendoza que el piloto Jácome Paiva opinaba de que podían entrar navíos de hasta 350 toneladas, y el tesorero Montalvo en carta dirigida al rey 54 años más tarde, decía: “tiene muy buen puerto que es un riachuelo y dentro de él tiene 4 y cinco brazas veces doce palmos y otras 14, 16 y 20 con aguas vivas”; el regidor Juan de Zamudio en 1703, expresa su parecer en junta de guerra respecto a las condiciones que ofrecían los tres “surgideros” o fondeaderos del río , manifestando “que aunque anteriormente eran capaces de navíos de 500 toneladas, hoy están totalmente cerrados el de la Merced y Santo Domingo, y en el de San Francisco solamente podrán dar fondo embarcaciones de 110 a 120 toneladas”.

Otro viajero, Acarate du Biscay, vasco con sobrenombre afrancesado, confirma pocos años después, la descripción del gobernador Dávila, al decir que: “desde el Monte-Video a

⁹⁰ A. Romero, *Fundación de la ciudad...*, op. cit. , pp. 637-638

⁹¹ Ibidem, pp. 640- 641

⁹² Ibidem, pag. 655

Buenos Aires aunque hay un canal del lado norte, cuya mayor profundidad es de tres brazas, para mayor seguridad el viaje se hace cruzando frente a Montevideo hacia el canal sur porque es más ancho y tiene tres brazas y media de agua en el lugar menos profundo todo el fondo es fangoso, hasta dos leguas de Buenos Aires, donde se halla un banco de arena, allí se toma práctico para ser conducido a un lugar llamado El Pozo justamente frente a la ciudad distante un cañonazo de la playa, adonde no pueden llegar más buques que los que tengan licencia del Rey de España; aquellos que no tengan semejante permiso están obligados a anclar una legua más arriba”⁹³. Esto se mantuvo por mucho tiempo y es el aspecto del río con sus fondeaderos, conocidos como Balizas Interiores, esto es el fondeadero interior del puerto, el más cercano a la playa, llamada El Bajo, el que anegadizo y difícil de transitar existió por mucho tiempo hasta que allí mismo se hizo el puerto.

Como se ve por las descripciones el río frente a la ciudad, por la forma y características de sus fondos, hacía sumamente difícil el acceso por agua hasta cerca de la playa, ya que el frente de la población hacia el río estaba protegido por un gran banco de arena, llamado “Banco de la Ciudad”, de unas tres millas de ancho, que impedía el acceso directo, el cual debía hacerse por canales que lo rodeaban y/o atravesaban hasta comunicar las balizas exteriores detrás del Banco de la Ciudad, con las balizas interiores entre el banco y la ciudad, que eran un ancho canal abierto por el norte pero cerrado al sur, que es hoy la zona del viejo Apostadero Naval y del Puerto Madero, donde finalmente se fondeaba. El sitio era adecuado para los fines de la expedición ya que no sólo tenía aguas tranquilas y estaba abrigado de los vientos, quedaba cerca de la boca del Río de la Plata donde se volcaba el Paraná, que en su momento debía remontarse para llegar, supuestamente al Perú. El naufragio de Pancaldo y otros posteriores son buenos indicadores que era realmente necesario un buen puerto seguro en el río de la Plata.

Existen algunos otros datos secundarios sobre la primera Buenos Aires como los que dejó la expedición de Leon Pancaldo, marino avezado como pocos en Europa, quien había entrado en el Río de la Plata por error en febrero de 1538, tuvo un naufragio pero se encontraron con otros barcos gracias a lo que arribaron y fondearon en el “río pequeño donde estaban las naves de Mendoza”. Pero toda la historia culminó cuando a fines de enero de 1541 el propio Irala se traslada a Buenos Aires para destruirla y llevar la gente a Asunción. Así se despuebla definitivamente la ciudad y después de prender fuego a la población, a la iglesia construida con restos de las naves y dejar un mensaje en un poste para futuros arribos, partieron hacia la isla de San Gabriel y de allí rumbo a la Asunción donde llegan el 2 de septiembre de 1541. Para algunos la culpa fue de Cabrera, para otros de Irala, para otros de otros, y esas polémicas seguirán aun por muchos años.

⁹³ Ibidem, p. 34

Fue el historiador Raúl Molina quien mejor describió la situación en 1957; si bien su estudio fue una compilación crítica de lo producido y no aportó documentos nuevos, resumió bien el estado de la cuestión volviendo a llevar el tema hacia el Riachuelo. Pblicó un estudio sobre el antiguo puerto de invernada de Buenos Aires y el asentamiento de Pedro de Mendoza⁹⁴, en donde se refiere a dos descripciones, la de Hernando de Montalvo y la de Ruy Díaz de Guzmán. Montalvo al ocuparse de Buenos Aires señalaba “la existencia de un muy buen puerto, que es el Riachuelo, cuyo canal de entrada calculaba en doce palmos de profundidad y llegada veinte con aguas vivas, agregando, que tenía fuera un buen surgidero, aunque descubierto de los vientos que le pueden hacer daño a los navíos, tales como el sudeste y el sud-sudeste, que podían llevarlos sobre la costa, pero que el poniente (...) y demás levantan poca mar, razón por la cual con el empleo de razonables cabos, estaban seguros”. De lo mismo dice Ruiz Díaz de Guzmán escribe: “La ciudad de la Trinidad está situada sobre el propio Río de la Plata, cuyo puerto es muy desabrigado y corren mucho riesgo los navíos surtos en él, donde dicen Los Pozos, por estar algo distantes de la tierra. Más la Divina Providencia proveyó de un riachuelo que tiene la ciudad por la parte de abajo, como una milla, tan acomodado y seguro, que metidos dentro de él los navíos, no siendo muy grandes, pueden estar sin amarrar con tanta seguridad, como si estuvieran en una caja”.

Molina sostiene que “Cardoso estaba en lo cierto cuando afirmó que la ciudad fue fundada a orillas del río de la Plata, en cambio está totalmente equivocado cuando rechazaba la tesis del curso del Riachuelo frontero de la ciudad. El señor Gandía incurrió también en este mismo error, cuando afirmó que el Riachuelo tenía dos brazos en su desembocadura, posiblemente al confundir a la isla del pozo, con una verdadera isla, de acuerdo al significado moderno”. Para concluir asegurando: “Sin embargo, la tesis contraria es la verdadera. En efecto, el padre Antonio Larroui, una de las opiniones más autorizadas en la materia, expresaba: “El Riachuelo, no era entonces lo que hoy, torciendo hacia el Norte la última parte de su curso, iba en medio de algunos algarrobos lamiendo las barrancas y salía al Plata por una verdadera canaleta frente a la actual calle Victoria” hoy Hipólito Yrigoyen. Molina ratifica esta afirmación de Eduardo Madero, “que basado en un plano de José Bermúdez, está dibujada la canaleta de entrada al Riachuelo, con la embocadura frente a la actual calle Victoria”. Su investigación se centra en la ubicación del Riachuelo: “todos los historiadores que después se ocuparon del tema siguieron estas indicaciones y con ligeras variantes, que se reducían a fijar la terminación del canal, ya en la señalada calle Victoria o llevándola hasta la calle Chile o Carlos Calvo, se manifestaron de acuerdo en mencionar que el antiguo curso del Riachuelo bordeaba a la ciudad de sur a norte, después de hacer un pronunciado codo alrededor de la punta de Santa Catalina, o

⁹⁴ Raúl Molina, Quiénes fueron los verdaderos fundadores de Buenos Aires, *Historia* no. 1, pp. 29-39; El curso de los ríos Paraná y Luján en la cartografía primitiva, *Historia* no. 4, pp. 83-111, 1955; El antiguo Puerto de invernada de Buenos Aires y el asiento de Pedro de Mendoza, *Historia* no. 9, pp. 8-27, 1957

sea la actual barranca del Parque Lezama. Desde entonces, nadie más se ocupó del tema y quedó abandonado, sin adivinar que de la solución de este importantísimo problema dependería en primer término, la fijación del lugar donde estaban los *pozos o surgideros*, y lo que es más significativo, la verdadera ubicación del puerto del Riachuelo, o sea el pozo de invemada, del que a su vez, se desprendería la determinación exacta de la primitiva fundación de Mendoza.

Del examen de este documento resulta que, si bien el curso del Riachuelo no tenía la traza actual, no se hallaba recostado a las barrancas de la ciudad como se lo ha presentado, sino separado por una ancha playa que comenzaba en la Punta de Santa Catalina y llegaba por norte hasta San Sebastián.

En consecuencia, el límite del ejido sur de la ciudad caía en la calle Cochabamba actual, que por estar frontera de la isla del pozo señalaba precisamente la desembocadura del Riachuelo, de donde se deduce, siguiendo el memorial de Filicaya y la descripción de Montalvo, que el pozo de invemada se hallaba después de la desembocadura, como se desprende del término empleado por el primero y del de “descubierto”, del segundo, esto es, entre las calles de Chile y la mencionada de Cochabamba.⁹⁵

Algunos historiadores denominaron a esta lengua de tierra como isla de pozo, como altura o pequeña prominencia poblada de árboles, según la acepción de la época:⁹⁶ “Además, el mencionado curso del Riachuelo, en su última parte corría de sur a norte y su desembocadura se prolongaba por un canal submarino comprendido entre un largo banco frontero de la ciudad y la barranca de media legua de ancho en su superficie, comprendida la playa”.⁹⁷

Interesa puntualmente la referencia indicada por Molina: “Por estos datos, la opinión de Rui Díaz de Guzmán, que ubicaba la desembocadura por la parte de abajo, como una milla y la carta de Montalvo que nos habla del puerto de la ciudad, descubierta de los vientos que le pueden hacer daño a los navíos, hemos podido establecer el lugar exacto de la boca antigua del Riachuelo y de su Pozo de Invernada, que sirvió de puerto a nuestra ciudad por espacio de dos siglos”⁹⁸. Para luego incluir los datos cartográficos: “Demostradas documentalmente las ubicaciones de la desembocadura del Riachuelo y del Puerto de Buenos Aires (...) En todos los mapas posteriores, la ubicación del Zanjón de Granados o del Hospital, indica siempre la entrada al Riachuelo o a la determinación indirecta del Pozo de invemada, generalmente con el dibujo de una embarcación. Así lo vemos, además de los mencionados de Bermúdez, en el atribuido a Howell y en el de Bacle. Esta demostración cartográfica nos induce a aceptar el comienzo de este pozo en este zanjón. El cual se extendía hacia el sur y posiblemente hasta el

⁹⁵ Ibidem.

⁹⁶ Molina refiere: “Existen numerosos testimonios del tiempo de Garay, en que se da el nombre de isla a una pequeña colina poblada de árboles, tales, la famosa isla del gato, la isla del guaraní, etc. El señor Gandía, en su historia de Buenos Aires, ha confundido esta lengua de tierra con una isla, del mismo modo que el Dr. Aníbal Cardoso en su Buenos Aires en 1936”.

⁹⁷ Ibidem.

⁹⁸ Ibidem.

interior del mismo Riachuelo, como nos afirma Guzmán”. Concluye afirmando que la “ciudad – fortaleza fundada por Mendoza”, se edificó en la margen sur de este zanjón, cuya desembocadura se hallaba entre las calles Independencia y Chile, exactamente en la actual calle denominada Cortada de San Lorenzo”.

En cuanto al plano de Joseph Bermúdez entretantos otros, tan denostado por De Gandía, demuestra cómo era el curso del Riachuelo en 1708 cuando desembocaba frente al Fuerte. Ese brazo del Riachuelo, nos informa el militar, “se va cerrando y en breves años se cerrará que no será capaz de entrar ni salir embarcaciones ni aun muy chicas, y que no ha muchos años entraban en dicho puerto navíos, según dicen los antiguos y, que se verán precisados a hacer muelle que salga de debajo de la fortaleza, el cual va señalado con puntos”. En este informe no se refiere a la división del Riachuelo en dos brazos ni en sus dos bocas, tampoco lo informan las comisiones de guerra que fueron nombradas para proyectar las obras de defensa de la ciudad. Concluye Romero “que el brazo este–nordeste de que habla Groussac, no ha existido entonces, su formación data de una época muy reciente, coetánea con el gobierno del virrey Marqués de Loreto. En su memoria de 1785 sostiene: Se me dio cuenta de que en la canal del Riachuelo, por lo mismo que ella se iba cegando, se abría en la parte más alta un boquete que podría variarla, y aunque se pedían providencias prontas, ninguna di de hecho, y manifesté al capitán del puerto debía observarse el estado y dirección que tomaba, porque era posible, no habiendo agente más poderoso que el agua que ella diera mejor canal y más a propósito”⁹⁹. También el plano del ingeniero Eustaquio Giannini de 1805 demuestra que su cauce desaguaba frente a la actual plaza de Mayo: “El Riachuelo que ahora 20 años (1785) conservaba su primitivo curso casi paralelo a esta población, y , por casualidad o malicia, y tal vez por haber contribuido uno y otro mudó su desembocadura”¹⁰⁰.

El estudio del tema, siguiendo estos lineamientos, debería entonces abordarse a partir del análisis geomorfológico, geológico, topográfico e hidrográfico de la región, lo que nos lleva hacia atrás hasta el texto de Aníbal Cardoso, quien más aportó en este sentido; y a Nágera tantos años más tarde. Investigar un pasado tan lejano obliga a tener en cuenta factores de orden físico, un río que se pierde o cambia de curso, un meandro que se ciega, vegetación que desaparece, aspectos que sirven para ahondar aun más en el problema y abrir innumerables preguntas. Acerca del Río de la Plata todavía existen muchos puntos oscuros que deben develarse, que incluyen posibles mutaciones sufridas por el perfil ribereño ocasionadas por cuestiones geológicas, el corrimiento hacia el sur del delta del Paraná y su avance sostenido sobre la desembocadura del Plata, tema tan sostenido y peleado por Outes. Ahí deben apuntar los interrogantes sobre cómo era la conformación del área a la que arribaron los expedicionarios en 1536.

⁹⁹ A. Romero, Op. cit. (1928)

¹⁰⁰ Ibidem.

Nuevamente, y esa es la base de este trabajo, creemos que es necesario volver sobre la geomorfología de las tierras bajas y aceptar que las transformaciones del Riachuelo han sido enormes y que lo que se ve, o se veía, de él, cuando se escribió la historia que hemos visto, casi nada tenía que ver con lo que fue el siglo XVI. No sólo porque la entrada era a través de un canal con “pozos” o fondeaderos, que corría entre la barranca frente a la ciudad y una barra o isleta, sino también por las islas tipo delta que había en la entrada. Aun en los inicios del siglo XX era un lugar para ir a pasar el fin de semana, pasear en botes entre los sauces y pescar. No sabemos si la Boca del Trajinista se abrió no realmente en el siglo XVIII tardío como asevera el Marqués de Loreto; es probable que por allí saliera agua en cada gran crecida aluvional, pero cuando se secó –en realidad ya Bermúdez nos decía que se estaba secando desde mucho antes– el canal habitual, la nueva boca tomó cada día mayor envergadura, cortando la barra frontal. Lo que llamó la atención es que se había hecho una entrada estable y amplia y que la otra había quedado, en comparación, inservible.

Los geólogos observaron algunos de estos cambios, Florentino Ameghino siempre lo hizo presente al entender que el valle había tenido una enorme ingesión marina en tiempos remotos; Outes lo dijo una y mil veces y muchos otros insistieron que lo que ahora (el “ahora” de cuando escribía cada historiador) eran terrenos “focos y anegadizos” quizás no lo fueran tanto en el pasado. Nájera explicó bien la diferencia entre los tipos de tierras y sus texturas y colores ya en 1947, pero el peso de las hipótesis ya asumidas hacía imposible ver más allá de lo que habían decidido ver. Quizás no quedó bien claro para la historia y los historiadores lo que los ingenieros veían a diario: las inundaciones, movimientos de tierra, relictos que se llenaban o vaciaban con las crecidas, orillas derrumbadas y enormes masas de tierra que eran removidas. Un estudio muy detallado hecho en 1916¹⁰¹, cuando aun las orillas del río no estaban tan construidas ni transformadas, resulta ahora significativo: su autor observó que entre 1884 (primera observación registrada) y 1913, hubo crecidas que llegaron a los 5,69 metros a la altura del Puente Alsina y muchas otras que superaban los 4 metros, que “en esa circunstancia el material arrastrado aguas abajo fue a depositarse desde el puente de Barracas hasta los canales de acceso del puerto” que, en 1911, alcanzó un volumen de 335.457 metros cúbicos. También se observaba que se formaban pozos de tal envergadura ante los puentes que oscilaban entre un levantamiento y otro entre 12 y 21 pies de profundidad. Y que no todo era tierra que salía, sino también las mareas del Río de Plata que entraban produciendo enormes transformaciones.

Es posible que un nuevo proyecto para encontrar esta perdida aldea en algún lugar del enorme continente americano, sólo pueda iniciarse cuando superemos las trabas historiográficas, los mitos y realmente entendamos lo que fue la conquista del territorio. Si releemos a Bartolomé Mitre y su *Historia de Belgrano* ya no podemos asumir que alguien crea que la decisión de

¹⁰¹ Juan José Carabelli, Contribución al estudio del curso del Riachuelo, *Boletín de Obras Públicas*, vol. XVI, no. 1, pp. 191-215, 1916, Buenos Aires

dónde fundar se basó en que los conquistadores eran “procedentes en su mayor parte de las provincias de Vizcaya y Andalucía, traían en su temperamento étnico las calidades de dos razas superiores, altiva y varonil la una, imaginativa y elástica la otra”, y por ende tenían que elegir un sitio aireado, con buenas vistas, elevado, arbolado y magnífico. Ni antes ni ahora, nadie puede tomar decisiones de esa manera.

VII.

Conclusiones

Toda la discusión que se ha revisado hasta aquí parte de supuestos que no han sido discutidos:

- 1) que el sitio realmente existió y fue algo más que un mero paradero en la orilla al pie de los barcos
- 2) que el “riachuelo de los navíos” haya sido el actual Riachuelo
- 3) que sus restos no fueron destruido en alguna etapa de las obras del Puerto Madero y sus anexos, o las del antiguo puerto del Riachuelo o las conexas, sin que nadie lo haya notado
- 4) que los hallazgos de restos de embarcaciones en las obras del puerto hayan sido de Mendoza, pero que nadie observó nada en contexto o en las cercanías
- 5) que está donde ahora está la Capital

Sobre la posible ubicación:

1. La interpretación histórica está agotada, salvo que surjan nuevos documentos lo que es ya bastante poco probable
2. La interpretación histórica no determina lugar alguno, ni siquiera llega a establecer hipótesis serias ante una lectura moderna
3. La arqueología no ha mostrado en todo lo excavado a la fecha, materiales de esa cronología, que no pueden confundirse con los de tiempos de Garay o posteriores
4. Hay en el continente muchos sitios contemporáneos o incluso muy anteriores (La Isabela de Cristóbal Colón, como ejemplo) que han sido excavados y cuya cultura material y arquitectura ha sido estudiada y publicada
5. Hay en el país muchos sitios de esa cronología que han sido excavados y su cultura material ya ha sido estudiada; es decir que hay conocimientos y experiencia
6. Que el nivel de profundidad en que esté el sitio, por fuertes procesos de acumulación de sedimento, esté tan abajo, que las excavaciones arqueológicas no hayan llegado allí
7. La geomorfología ha mostrado el intenso proceso de transformación del valle del Riachuelo, de tal forma que en el siglo XVI poco o nada tenía que ver con lo que vemos hoy o lo que los historiadores discutieron
8. Desde ese punto de vista, es decir reconstruyendo el delta y la barra de entrada al Riachuelo, es necesario repensar los documentos que describen la entrada al sitio
9. Esto bien puede significar que el sitio haya estado a orillas de meandros, islas o lugares hoy desaparecidos, transformados o incluso en tierras de la provincia de Buenos Aires

10. El avance del delta del Paraná ha hecho que ríos que salían al Río de la Plata ya no lo hagan o se han desecado, la barranca está ubicada ahora a varios kilómetros tierra adentro y el régimen de humedad ha variado, con su flora y fauna
11. Toda suposición hecha sobre la costa, los accesos a los ríos, su recorrido y su ecología, que no esté basada en estudios geográficos serios, y básicamente recientes, no tienen sustento

En base a estas consideraciones creemos que:

- 1) es necesaria la reconstrucción histórica, geográfica y geomorfológica del valle del Riachuelo y su ingreso, mediante excavación sistemática
- 2) deben construirse hipótesis alternativas sobre otros ríos, como el Luján, dado el cambio del delta y la costa
- 3) la lectura documental debe ampliarse al territorio y terminar con el documento aislado y fuera de contexto
- 4) deben continuar las excavaciones arqueológicas

VIII.

Bibliografía

Barco Centenera, Martín del

1912 *La Argentina. Poema histórico*. Reimpresión facsimilar de la primera edición, Editorial Peuser, Buenos Aires

Brown, A. G.

1997 *Alluvial archaeology. Floodplain archaeology and environmental change*, Cambridge Manuals in Archaeology, Cambridge

Carabelli, Juan José

1916 Contribución al estudio del curso del Riachuelo, en: *Boletín de Obras Públicas*, Buenos Aires, vol. XVI, no. 1, pp. 191-215

Cardoso, Aníbal

1911 Buenos Aires en 1536, en: *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*. Serie III, Tomo XIV, pp. 309-372

1915 El Río de la Plata desde su génesis hasta la conquista, en: *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*, Tomo XXVII, pp. 153-284

Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires

1941/8 *Documentos históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense*, 5 vols, Editorial Peuser, Buenos Aires

D'Auria, Rafael

1993 *El desconocido: Leone Pancaldo*, edición del autor, Córdoba

De Angelis, Pedro

1969 *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, Editorial Plus Ultra, 8 vols, Buenos Aires

De Gandía, Enrique

1931 Los primeros italianos en el Río de la Plata, *Azul* vol. III, pp. 113-144, Buenos Aires

1931 *Historia de la conquista del Río de la Plata y del Paraguay; los gobiernos de don Pedro de Mendoza, Alvar Núñez y Domingo de Irala, 1535-1556*, García Santos, Buenos Aires

1935 *Antecedentes diplomáticos de las expediciones de Juan Díaz de Solís, Sebastián Caboto y Don Pedro de Mendoza*, Cabaut y Cía, Buenos Aires

1936 *Luis de Miranda. Primer Poeta del Río de la Plata*, Edición del autor, Buenos Aires

1936 *Crónica del magnífico Adelantado don Pedro de Mendoza*, Rosso Editor, Buenos Aires

1936 *Historia de Alonso Cabrera y de la destrucción de Buenos Aires en 1541*, Librería Cervantes, Buenos Aires

1936 Sobre el lugar en que se realizó la primera fundación de la ciudad. Parque Lezama, en: *La Nación*, 11 de enero, Buenos Aires

1938 *Historia de la Boca del Riachuelo*, edición del autor, Buenos Aires

1939 Primera fundación de Buenos Aires, en: *Historia de la Nación Argentina*, vol. 3, pp. 135-175, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires

1971 El lugar en que se levantó la primera Buenos Aires, en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Vol. XLIV, pp. 339-351

De Vedia y Mitre, Mariano

1936 Don Pedro de Mendoza, fundador de Buenos Aires. La ejecución del mariscal de campo”, en *Nosotros*, 2º época, año I, no. 6, Buenos Aires

1980 *Don Pedro de Mendoza fundador de Buenos Aires*, edición privada, Buenos Aires

1983 *Don Pedro de Mendoza Founder of Buenos Aires*, Banco de Italia y Río de la Plata, Buenos Aires

- Del Carril, Bonifacio
1955 La primera publicación sobre el Río de la Plata, en: *La Nación*, 30 de enero, 2ª. Sección, pag. 1
- Díaz de Guzmán, Ruy
1914 La Argentina, con notas de Paul Groussac, en: *Anales de la Biblioteca Nacional*, vol. IX, Buenos Aires
- Difrieri, Horacio
1981 *Geohistoria de una metrópoli*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires
- Eleta, Fermín
1967 La Armada de Don Pedro de Mendoza y el puerto y pueblo de Nuestra Señora de Buenos Aires. Nuevo enfoque, en: *Boletín del Centro Naval*, n° 670, Buenos Aires
- Furlong, Guillermo
1962 Río de Aos o Río de la Plata, en: *Anales de la Academia de Geografía* no. 6, pp. 85-94
1968 ¿Donde estuvo situada la Buenos Aires de Pedro de Mendoza?, en: *Estudios*, no. 569, pp. 241-250
1971 Algo más sobre la primera fundación de Buenos Aires”, en: *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Vol XLIV, pp. 353-361
- Groussac, Paul
1914 La Argentina. Noticia sobre Ruy Díaz de Guzmán y su obra, En: *Anales de la Biblioteca*, Buenos Aires, tomo IX
1916 *Mendoza y Garay: las dos fundaciones de Buenos Aires*, Jesús Menéndez, Buenos Aires
- Guerín, Miguel Alberto
1980 Ediciones y manuscritos de la Historia de Ruy Díaz de Guzmán, en: *Anales del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata*, Ediciones Comunerros, pp. 29-48, Asunción
- Kirbus, Federico
1985 *La primera de las tres Buenos Aires*, ed. del autor, Buenos Aires
- Lafuente Machain, Ricardo de
1935 El puerto de Santa María del Buen Aire (1536) y la ciudad de la Trinidad (1580), en: *Homenaje de la Universidad de Chile a su ex Rector don Domingo Amundéguí Solar*, Santiago de Chile,
1935 *Don Pedro de Mendoza y el Puerto de Buenos Aires*, edición del autor, Buenos Aires
1937 *Conquistadores del Río de la Plata*, Ediciones Amorrortu, Buenos Aires
1939 *El gobernador Martínez de Irala*, Biblioteca de la Sociedad de Historia Argentina, Buenos Aires
- Latzina, Francisco
1889 La crónica de Buenos Aires y estudio topográfico de Buenos Aires, Censo General de la Capital Federal de 1889, Compañía General de Billetes de Banco, Buenos Aires
- Leite, Serafim
1948 Un cronista desconocido de la conquista del Río de la Plata Antonio Rodríguez (1535-1553), en *Actas del XXVI Congreso Internacional de Americanistas, Reseñas y Trabajos (1935)*, Sevilla
- Lopreto, Gladys
1996 *Que vivo en esta conquista, textos del Río de la Plata, siglo XVI*, Ediciones de la UNLP, La Plata
- Luqui Lagleyze, Julio Mario
1999 Breve historia arqueológica del Puerto de Buenos Aires. 1536-1827, en: *Anuario de la Universidad Internacional, SEK, N° 5*, Santiago de Chile
- Madero, Eduardo
1892 *Historia del puerto de Buenos Aires*, edición del autor, Buenos Aires
1939 *Historia del puerto de Buenos Aires*, edición del autor, Buenos Aires
- Malbrán, América

2001 *Informes sobre los trabajos arqueológicos hechos en plazas de Buenos Aires*, mecanoscrito, Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.

Millé, Andrés

1972 *La cuenca del Plata. Antecedentes para su historia*, Buenos Aires, Emecé Editores, Buenos Aires

Molina, Raúl

1955 Quiénes fueron los verdaderos fundadores de Buenos Aires, en: *Historia* no. 1, pp. 29-39

1956 El curso de los ríos Paraná y Luján en la cartografía primitiva, en: *Historia* no. 4, pp. 83-111

1957 El antiguo Puerto de Invernada de Buenos Aires y el asiento de Pedro de Mendoza, en:

Historia no. 9, pp. 8-27

Nágera, Juan José.

1947 *Puntas de Santa María del Buen Aire*, Municipalidad de la Ciudad, Cuadernos n° 4, Buenos Aires, 2ª. edición

Outes, Félix

1917 *Notas para el estudio de la geografía histórica rioplatense, la Matanza y el Río de Querandíes*, Publicación de la Sección de Geografía, Universidad de Buenos Aires

1930 *Cartas y planos inéditos de los siglos XVII y XVIII, y el primer decenio del XIX*, edición del autor, Buenos Aires

Patti, Beatriz

1992 Primera fundación de Buenos Aires (1536). La historiografía tradicional y las recientes excavaciones arqueológicas en la determinación de su emplazamiento geográfico, Instituto de Arte Americano, Buenos Aires, mimeo.

1993 La instalación de Pedro de Mendoza en el Río de la Plata en 1536: crítica de sus fuentes. En *Crítica* no. 44, Instituto de Arte Americano, Buenos Aires

Pelliza, Mariano.

1887 *El país de los pampas. Descubrimiento, población y costumbre. 1516-1718*, F. Lajouane, Buenos Aires

1889 *La crónica de Buenos Aires, en: Censo General de Población, Edificación, Comercio e Industrial de la Ciudad (1887)*, pp. 5-56, Compañía Sudamericana de Billetes de Banco. Buenos Aires

Peña, Enrique

1910 *Documentos y Planos relativos al período edilicio colonial de la Ciudad de Buenos Aires*, Ediciones Peuser, 5 vols, Buenos Aires

1904 La despoblación de Buenos Aires en 1541, en: *Revista de Derecho, Historia y Letras*, año VII, Tomo XIX, Buenos Aires

1936 *Documentos relativos a la expedición de don Pedro de Mendoza y acontecimientos ocurridos en Buenos Aires desde 1536 a 1541*, Imprenta Antel Furtolo, Buenos Aires

Pinasco, Eduardo

1968 *Biografía del Riachuelo*, Eudeba, Buenos Aires

Radovanovic, Elisa

2001 *Planos de Buenos Aires. Siglos XIX y XX. Catálogo comparado con los existentes en el Instituto Histórico de la ciudad de Buenos Aires*, CEDODAL, Buenos Aires

Rocca, Edgardo

2005 *El puerto de Buenos Aires en la historia*, vol. II, Ediciones Dunken, Buenos Aires

Romero, Antonio

1928 Fundación de la ciudad de Buenos Aires, en: *Actas del Congreso Internacional de Americanistas (1926)*, vol. I, pp. 633-663; Madrid

Rusconi, Carlos

1928 Investigaciones arqueológicas en el sur de Villa Lugano, en: *Anales de la Sociedad Argentina de Geografía* GAEA, Vol. III, no. 1, pp. 75-118, Buenos Aires

1940 Alfärería querandí de la Capital Federal y alrededores, en: *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, Vol. 129, 254-271
1956 Acerca de los paraderos indígenas de Villa Riachuelo, en: *Revista del Museo de Historia Natural*, vol. IX, nos. 3-4, Mendoza

Schávelzon, Daniel

1988 *Excavaciones en Defensa 1469, primer informe*, Programa de Arqueología Urbana, Buenos Aires
1991 *Arqueología histórica de Buenos Aires: la cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX*, Corregidor, Buenos Aires
1992 *La Arqueología Urbana en la Argentina*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires
1999 *Arqueología de Buenos Aires*, Ediciones Emecé, Buenos Aires

Schávelzon, Daniel; Ana M. Lorandi y Sandra Fantuzzi

1989 *Excavaciones en Parque Lezama, Buenos Aires; informe preliminar (1988)*, Programa de Arqueología Urbana, publ. No. 12, Buenos Aires

Schávelzon, D., Weissel, M, Tchilinguirian, P.

2006 La búsqueda de la primera Buenos Aires 1536-1541, Fundación San Jorge, CAU, FADU-UBA, Fundación Félix de Azara, Universidad Maimónides (CD)

Schimdel, Ulrico

1881 *Historia y descubrimiento del Río de la Plata y Paraguay*, con una introducción y observación crítica por Mariano Pelliza. Buenos Aires
1903 *Viaje al Río de la Plata 1534-1541*, Notas bibliográficas por Bartolomé Mitre. Prólogo, traducción y anotaciones de Samuel Lafone Quevedo, Junta de Historia y Numismática Americana, Buenos Aires
1948 *Crónica del viaje a las regiones del Plata, Paraguay y Brasil*. Reproducción y versión paleográfica del manuscrito de Stuttgart traducido al castellano por Edmundo Wernicke, con anotaciones críticas, precedido todo de estudios publicados en Alemania y Argentina, Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires 1536-1936, Editorial Peuser, Buenos Aires

Serrano, Antonio

1936? Los querandés, en: *La Prensa*, suplemento cultural s/datos

Tesler, Mario

1978 *Supuesta destrucción de la Buenos Aires que Don Pedro de Mendoza fundara*, Ed. Precursora, Buenos Aires

Torre Revello, José

1937 *La fundación y despoblación de Buenos Aires 1536-1541*, Librería Cervantes, Buenos Aires
1938 Desventuras y muerte de un ilustre italiano en Buenos Aires (1536-8-1540), *La Prensa*, 24 de abril

Weissel, Marcelo.

1999 Arqueología Histórica en la Vuelta de Rocha del Riachuelo. Capital Federal, República Argentina, *Actas II Congreso Argentino de Americanistas*, Tomo II, Buenos Aires
2000 Puerto al fin. Informe de las tareas realizadas en el barrio de la Boca del Riachuelo, *Actas III Congreso Argentino de Americanistas*, Tomo III, Buenos Aires
2001 Informe de tareas realizadas en la Barraca Peña. Hormaco S. A, Manuscrito, Buenos Aires

Weissel, Marcelo y Marcelo Cardillo. Dinámica antrópica y ambiental en las tierras bajas del Riachuelo y Puerto Madero: un enfoque. Mesa de Comunicaciones. *XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. Córdoba. 1999.

Weissel, Marcelo y Marcelo Cardillo

2001 Malacología y procesos de formación. El caso arqueológico del sitio de la Vuelta de Rocha en el marco general de los barrios de La Boca y Barracas, Separata de la revista *Nótulas Faunísticas* N° 7, Fundación de Historia Natural Félix de Azara

Weissel, Marcelo y Jorge Novello

2004 Nadie lo hubiera hecho: Rescate Arqueológico del puerto industrial sobre el Riachuelo de Buenos Aires, *IV Jornadas de Jóvenes Investigadores*, Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, Buenos Aires

Zabala, Rómulo y Enrique de Gandía
1936 *Historia de la Ciudad de Buenos Aires*, 2 vols, Municipalidad de la Ciudad (reeditada en 1980), Buenos Aires

Zabala, Silvio
1977 *Orígenes de la colonización en el Río de la Plata*, El Colegio de México, 1977, México

Yrigoyen, Marcelo
1978 Fundación de Buenos Aires, en: *Diagonal*, n° 9, pp. 12-17